

PROMETEO

REVISTA SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

AÑO II. | Madrid, Junio de 1909. | NÚM. VIII

Elegías intermedias.

POR JUAN R. JIMENEZ

PERFUMARÁN las madreselvas, cuando vuelvas
á acordarte de mí, tu alegría y tu calma?
...El camino sombrío olía á madreselvas
y tú, dulce, apoyabas tus carnes en mi alma.

El árbol florecido, la estrella diamantina,
hufan en el agua de algún raudal sonoro,
la luna que asomaba detrás de la colina
ponía en la ladera su triste luz de oro...

Hoy, luna, estrella y árbol, me han visto, peregrino
de un dolor mudo y hondo que al corazón asombra:
el agua vá llorando al borde del camino
y yo voy, apoyando mis carnes en tu sombra...



Pienso en los que no tienen amor, en los caídos,
en los que llevan cruces de obligación y ausencia,

PROMETEO

en la orfandad, en la nostalgia de los nidos,
tibieza y paz y música de la existencia.

Pienso en todas las vidas sin fruto y sin simiente,
en los rotos por la rueda de la fortuna,
en los hombres que piensan que la fuente es la fuente,
que la brisa es la brisa, que la luna es la luna...

¡Y la lóbrega tumba se me torna florida!
Y no quiero ser viejo, ni glorioso, ni fuerte...
Y en el rosal que abre las rosas de mi vida
abre una rosa con la fragancia de la muerte.



Amigo, es mi jardín sin flores lo que lloro,
este invierno sin nada de la ilusión perdida...
¡Tanto perfume en balde! ¡Tanta cosa de oro
echada al alma negra y á la carne podrida!

Hay una boca roja para el dolor en llanto,
hay un sol amarillo para la tarde rosa,
un agrio cornetín para el sueño, un espanto
para cada reposo...

Una vez, la sedosa
carne de una mujer anduvo entre mis penas,
yo creí que ventía con lirios y con mieles...
¡Cuando le dí la sangre caliente de mis venas,
huyó, sonando un alma de alegres cascabeles!



Dos baladas.

POR PAUL FORT

ENTONCES, no dudéis, yo ví un juglar, bello juglar listado de negro y amarillo, tal como las avispas; con sus manos á guisa de una copa sostenía en el cielo sus bolas de oro en curva tan altiva y graciosa, como si suavemente retuvieran encadenado al sol.

Entonces, no dudéis, yo ví un juglar, bello juglar listado de negro y amarillo, tal como las avispas, que tirando del cielo con dos cuerdas de oro, hizo caer el sol... de áspero cuerno al resonar feroz...

¡Temblé de sobresalto! — ya el juglar saludaba. Entre antorchas la luna destizaba su vieja faz. Madam' Aldina presentaba su jaca Sin Rival... Un payaso, colgábase de la pechera el sol.

— ¡Yo no canté!

— «Allá en el bosque carpinteros, las arcas de Noé labrad; haced el puente, de madera blanca; de madera amarilla, la gran barca; los animales, de madera negra, y de madera verde, todo el mar».

PROMETEO

¡Yo no canté!

—«Para los nenes, en el bosque, labrad las arcas de Noé; haced un agujero chico para los animales grandes; haced un agujero chico para todos los animales, meted á los elefantitos, y á los enormes conejazos, y á la paloma, y á Noé».

¡Yo no canté!

—«Allá en el bosque, carpinteros, labrad las arcas de Noé; haced un agujero chico para todos los animales, meted con ellos á Noé».

¡Yo no canté!

E. Díez-Canedo, trad.



Un ángel de Perugino.

POR ARTURO SYMONS

No he visto yo tu faz antes de ahora
de Perugino en los querubes, santa
visión que en quietos círculos adora,
la mano en alto, el himno en la garganta,

de pálidos cabellos las tranquilas
frentes como de luz de luna ornadas,
como paz dando al mundo la pupilas
la pálida piedad de las miradas!

¡Feliz me paro á verte cuando sales
del portal de tu casa, y te detienes,
que mis ojos han visto celestiales
halos de Umbría en torno de tus sienes!

EN LAS BUTACAS

(PRÓLOGO Á LAS *LONDON NIGHTS*)

Mi vida es un *music-hall*;
la butaca me encadena;

PROMETEO

y, oh rabia, mi propio rol
me hace bailar en la escena
divirtiéndome al *music-hall*.

Mientras fumo un cigarrillo,
risueño y ocioso empleo,
gira la danza, y me humillo
porque al través yo me veo
del humo del cigarrillo.

Me veo girar, saltar,
pintado, en gozo cruel,
cantando el necio cantar
de mi festivo papel:
¡Soy yo, el que te veo saltar!

Resplandece el *music-hall*;
luz, sonido, enervamiento;
de las horas el estol
tardo y clemoroso cuento:
mi vida es un *music-hall*.

EN BURGOS

Argentería en piedra milagrosa
lanzada al milagroso azul del cielo;
campanarios y torres toman vuelo
sobre arquerías que hacen más gloriosa
la maravilla etérea del cielo.

Suavemente á la luz del sol bravia
la vasta catedral abre sus alas.
¡Lírico campanil, qué canto exhalas!
Es la Ascensión. ¡El comenzar del día
contemplad á la sombra de estas alas!

ORACIÓN A SAN ANTONIO DE PADUA

San Antonio de Pádua, como en mi compañía
llevo siempre tu imagen, escucha la prez mía:
tú lo perdido encuentras; devuélveme, te pido,
su corazón; que ayer, buen santo, lo he perdido.

LÁGRIMAS

Manos que tuve entre las manos mías,
que mi llanto y mis besos acogistéis,
manos que en otros días
el bálsamo y el vino me vertistéis:

mujeres, siempre mías, que amé tanto,
yo os llamo desde el curso de mis días:
don de lágrimas mías
os ofrezco: por vino, os doy mi llanto.

MALVA, NEGRO Y ROSA

Malva, negro y rosa
los velos del joyel, y ella, mi joyel, una rosa.

Ténue malva primero,
suave oleada en torno del cuerpo aquel que tanto quiero.

Luego un rubor de rosa,
vivo seto de rosas en torno á la mística rosa.

Después, negro esplendor.
después los pies que adoro y el camino que siguió
[mi amor

E. Díez-Canedo, trad.

El concepto del honor.

Su evolución al través de los siglos.

POR AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

ÓMEZ Carrillo, en una de sus crónicas parisinas, relataba no ha mucho el caso de un marido francés que, al convencerse del adulterio de su cónyuge, lejos de empuñar el mandoble calderoniano para proceder como celoso médico de su honor, limitóse á pedir una fuerte indemnización al amante de la esposa en concepto de «Dommage.» Y el brillante «roniqueur», sin escandalizarse, mostrábase tan sólo un tanto sorprendido ante esta «novedad» de las costumbres...

Pero es el caso que la aplicación del «wergeld» al adulterio sólo constituye una novedad muy relativa en los fastos de la Historia. Lo es para nosotros, habituados á tener un concepto del honor, que no siempre ha sido el mismo, á través del tiempo. Y como el asunto es curioso—y acaso interesante—no creo inoportuno rememorar la evolución de ese concepto, que

tantos matices ofrece, sin que sea fácil decir cual de ellos es el verdadero.

*
* *

¿Quién fué más inmoral: el hombre primitivo, mostrando su cuerpo en total desnudez, ó el que comenzó á hacer uso de la hoja de parra, vestido rudimentario que atribuyó malicia á lo que antes era cosa lícita y normal? Para nosotros los hombres de la actualidad, la disyuntiva es absurda: á cierra ojos motejamos al primero, y elevamos naturalmente, en nombre de la moral, un voto de gracias al segundo empírico iniciador de las modisteriles artes; más no pensarían ciertamente, del mismo modo, los hombres primitivos y los salvajes modernos, á ellos equiparables, entre los que hay algunos, como los natutos africanos, cuyas hembras, al igual de los varones de las Nuevas Hébridas, cubren sus carnes con un delantal que deja á la vista precisamente lo que más se cuida de ocultar entre las gentes cultas.

Y, avanzando en el mismo orden de consideraciones, ¿quién tendrá la razón: el que entienda el honor como nosotros lo entendemos, ó el que tenga de él la concepción que delatan prácticas remotas y costumbres recientes de pueblos desprovistos de cultura? Cook vió en Tahiti á un indígena, ya adulto, poseer públicamente á una niña de once años, á la cual la misma reina tahitiana daba atinadas instrucciones y oportunos consejos á ese propósito. Las espartanas presentábanse desnudas por doquier, alternando en tal guisa con los hombres; los indios veneraban el *Lingam*, los siracusanos el *Mulloi*, los griegos y egipcios el *Falo*...

Fuera interminable la enumeración de costumbres y prácticas análogas; baste recordar que los honomas mudan con frecuencia de mujeres, las cuales están

PROMETEO

obligadas á entregarse á los parientes de sus esposos; que en algunas tribus de California, las mujeres pertenecen á todos los hombres de la tribu, constituyendo un grave delito el hecho de resistirse á alguno de ellos; que entre los masagetas, aunque cada cual mirase á una sola mujer, luego usaban de todas ellas en común... Licurgo autorizaba á los maridos para que prestasen sus mujeres á hombres más robustos; la comunidad de mujeres—promiscuidad, hetairismo—era institución frecuentísima entre los primitivos pueblos; de aquí que los recién nacidos se considerasen como hijos de todos; y entre algunos, como los ausios, cuando quería fijarse la paternidad y filiación, al cumplir un niño la edad de tres meses, los hombres iban á verlo, reputándose que era hijo de aquel á quien más se pareciese.

Herodoto refiere que las mujeres de los gindanos del Africa llevaban alrededor de las piernas tantos adornos de piel cuantos eran los hombres con quienes habían tenido comercio; Sexto Empírico hace análoga manifestación con respecto de las egipcias, siendo tanto más estimadas cuanto mayor fuese el número de tales ajorcas; y ya en tiempos más modernos, las muchachas del Tibet llevaban engarzados en un cordón, formando sarta, que colocaban alrededor de su cuello, los anillos de sus amantes, otorgados á cambio de otros tantos favores; las bodas de las tibetanas, eran más famosas, cuanto mayor fuese el número de anillos de que constasen sus collares.

Fruto de todos los tiempos ha sido el desdén hacia las solteras que carecen de dote; menosprecio que hoy subsiste, si bien se han abolido los medios de eludirlo que en épocas remotas poníanse en práctica; así, en la Roma primitiva, toda doncella *indotada* que quisiera reivindicar su honor mancillado por la pobreza, podría lícitamente hacerlo sin más que comerciar con

sus encantos hasta proporcionarse la dote necesaria para ir al matrimonio. Otro tanto acontecía entre los lidios, é igualmente en Chipre, donde las jóvenes se vendían á los forasteros á la orilla del mar, y el producto de la venta, recogido en una caja común, servía de dote á las sirenas chipriotas. Los célebres *bazares de Babilonia*, tenían un fin por demás laudable y altruista: las mujeres hermosas traficaban con su cuerpo, y las ganancias servían para dotar á las feas, incasables de otro modo.

Todo ello provenía de considerarse la castidad como un objeto de propiedad, del cual el dueño puede disponer á su antojo. De aquí que las infracciones del que pudiera denominarse *derecho de castidad* (estupro, adulterio, rapto, etc.), se estimasen como hurtos, despojos que en nada afectaban á la reputación de la mujer, sino tan solo á las prerrogativas del propietario. Así lo entienden la mayoría de los negros africanos, entre muchos de los cuales hállase vigente el régimen de las multas como resarcimiento del delito de infidelidad. Por eso, entre los árabes de Hasseneych (Nilo Blanco), las mujeres sólo están obligadas á guardar la castidad en los días de la semana señalados en el contrato de matrimonio, que son tantos como cabezas de ganado dió el marido en concepto de precio de su esposa, la cual, los demás días, puede disponer libremente de su cuerpo. Bousquet en *Le Japon de nos jours*, dice que en este país «la castidad representa la idea de un capital que conservar, más que una mancha que impedir; este capital pertenece primero al padre, después al marido; enagenarle sin su consentimiento, es un robo; mas con su autorización, todo es lícito y laudable». La Historia está pletórica de casos análogos; entre las antiguas espartanas, por ejemplo, era corriente contestar á los que las solicitaban: «¡Tráes licencia de mi marido!»

PROMETEO

Egeda, Parry, Meares, Porter, y tantos otros viajeros, citan multitud de hechos semejantes; este último, dice: «En Nukahiva, como en toda la Polinesia, las doncellas son de todos los que pueden comprar sus favores; de aquí que una joven hermosa sea considerada por sus padres como una especie de finca que les asegura por algún tiempo riqueza y abundancia». Claro es que al contraer matrimonio, era el esposo usufructuario de la finca; en Nueva Zelanda, el padre decía al marido al hacerle entrega de la desposada: «Véndela, mátala, cómetela: eres el dueño de ella.»

Fundándose en este principio, consideróse el adulterio como un hurto, castigándose como tal, sin hacer mención alguna de la ofensa que implica, dándose casos como el de los assinios, entre los cuales la mujer es libre y dueña de sí misma cuando soltera; pero si después de casada se entrega á un amante, éste tenía que pagar al marido una multa.

Consecuencias de considerar la castidad como objeto apropiable, fueron la prostitución *hospitalaria* y la *religiosa*. En efecto: si un hombre cambia á su mujer por uno bagatela, ó la vende, con más razón la entregará para su goce á un huésped á quien quiera dar pruebas de consideración y halago; así, la oferta de la mujer al viajero, hallábase establecida en Ceylán, en la Groenlandia, en las islas Canarias, en Tahiti, etc., considerándose como grave ofensa la no aceptación del ofrecimiento. Cuéntase que un cacique tahitiano decía á un misionero á quien tales prácticas escandalizaban: «No puedo comprender cómo tu religión prohíbe al huésped gustar un inocente placer, con el cual presta á la vez un servicio al país, enriqueciéndolo con una nueva criatura.» Por otra parte, siendo la castidad fuente de riqueza, nada más lógico que ofrendarla á los templos; en Caldea, toda mujer debía prostituirse una vez al año, en el santuario de Vanus My-

lita, en brazos de un forastero, permaneciendo allí hasta que alguno solicitase su posesión, entregándola el dinero *sacro*. Inútil es decir que las feas tenían labor para mucho tiempo. Otro tanto sucedía en Armenia con la diosa Annaïs, y en Fenicia con Astarté. También en el Egipto imperaba esta costumbre, fruto de la cual fué la construcción de la pirámide de Cheops, erigida con el producto de la prostitución de las hijas de éste monarca, las cuales después construyeron otra por su cuenta, haciendo que sus amantes suministrasen una piedra en pago de cada acto carnal.

Instituido el matrimonio, muchos pueblos exigían que la mujer, al casarse, estuviese desflorada *siempre que no fuese por obra del marido*. Así, entre los sanchalas, las nupcias iban precedidas por seis de promiscuidad; y en las Baleares, las casadas concedían la noche de bodas á todos los invitados presentes. La celebración del matrimonio entre los naïrs (nobleza indígena de la India) era por demás curiosa: al frisar los jóvenes en los diez ó doce años, sus madres organizaban la solemne fiesta del *Tali*, á la que concurrían gran número de parientes y amigos, uno de los cuales se prestaba á casarse con la muchacha. Esta y su madre presentábanse ataviadas, mientras una orquesta llena de melodías el aire, que el perfume de artísticos pebetes embalsama; únese á los contrayentes por el cuello con una cadena, y el novio cuelga en el pecho de la novia un cordón de seda, del que ensartada pende una hojuela de oro. Así celebrado el matrimonio, procédese á su consumación. Mas no se crea que aquel hombre, de quien la joven recibe por vez primera el beso de enamorado, queda constituido en esposo permanente; lejos de ello, esta unión rómpese al siguiente día de celebrada, limitándose el supuesto novio á desflorar á la contrayente, la cual, desde aquel momento, puede tener cuantos amantes quiera y pueda, siendo la propia

PROMETEO

madre de la joven la encargada de proporcionárselos, con la particularidad de que no debe serlo en ningún caso el que con ella cohabitó primero. Por eso, ninguno de los que de veras la estiman y desean, se avienen á desflorar á la virgen, dándose el caso de tener que alquilar con tal fin, pagándolo á buen precio, algún mozo de cuerda, ó mejor aún, extranjero vagabundo que no tenga inconveniente en abandonar el tá-lamo después de ocupado durante una noche.

En Cambodge, ninguna recién casada yacía en el lecho conyugal sin haber pasado por los brazos del bonzo ó sacerdote, quien recibía una recompensa pecuniaria por su *sagrada fatiga* (*thing-thang*). Entre los babilonios practicábase en la misma forma esta costumbre, denominada *expiación del matrimonio* la cual pasa á la Edad Media con el nombre de *jus primæ noctis*, derecho de prelibación ó de pernada, establecido á favor de los señores feudales sobre las mujeres de sus feudos que deseaban contraer matrimonio, y que más tarde se substituyó con un rescate metálico.

*
* *

Los siglos pasan, las modas vuelven. ¡No nos hemos acostumbrado á ver á las damas con trajes Imperio, que esfuman el talle, y, al suprimir la ropa interior, obligan á los elegantes andar chupándose el zancajo! Pues lo mismo nos acostumbraremos á ver implantada cualquiera de las costumbres aludidas, como á unos cuantos señores franceses se les ocurra adoptarlas en un alarde de *snobismo*. «Cosas veredes el Cid...»



¿Cuál es la situación de la juventud
ante el problema social?

== ENQUÊTE ==

I ¿En qué sentido se orientan sus opiniones sociales?

II ¿Cuál es la solución práctica que usted propone ante el conflicto social?

III ¿Qué idea le surgiere á su juventud políticamente considerada la España actual?

DONOSO ALIS

I

En el de parquedad, en los programas, alocuciones, pasquines, y—permitidme que os lo diga con impertinencia—en las enquêtes políticas. Los discursos largos están hechos con la mala intención de desorientar. Enlabinan las promesas—sus propias promesas—para extraviándoos, escapar á vuestras exigencias.

Dentro de esa parquedad, la implantación de las doctrinas de Georges, trabajadas con su esfuerzo de corazón y de conciencia.

PROMETEO

II

¡Solución práctica! ¡Ah, si yo la llegara á proponer!...
¡El lápiz azul de fiscal!... Quiero evitarle á usted un
disgusto, señor Director.

III

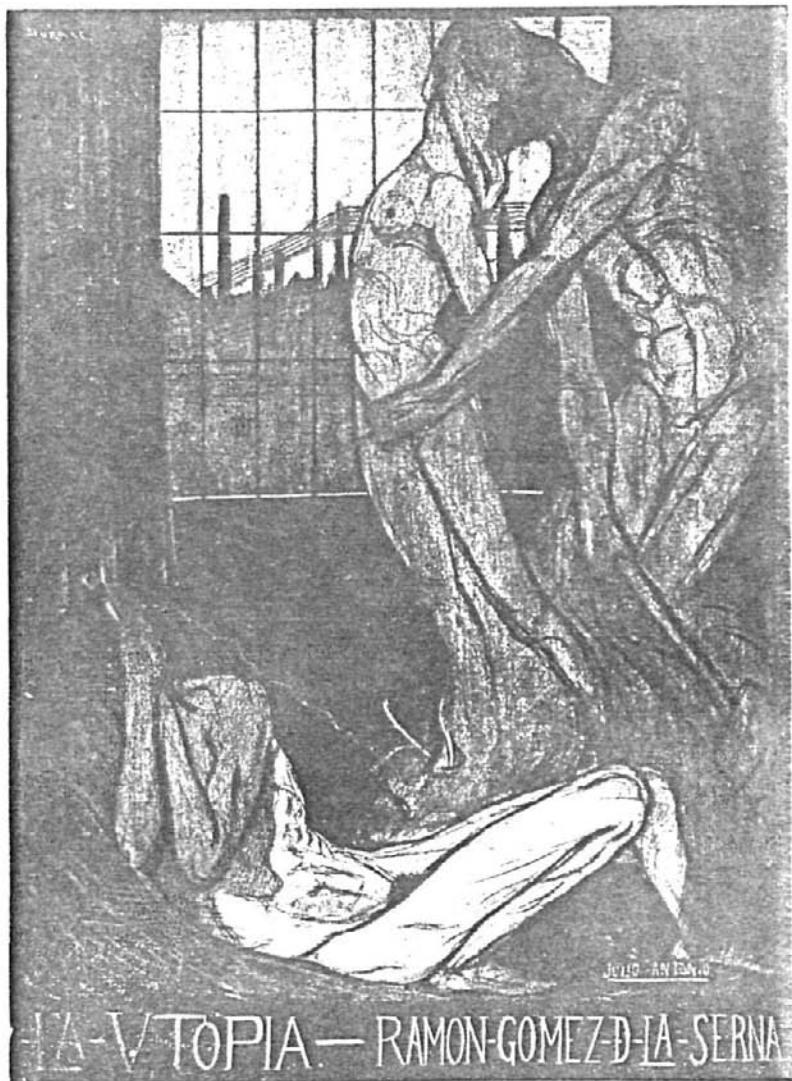
¡...La España actual! Nunca se está lejos de un re-
nacimiento. A Cartago le bastó una parcela *africana*
limitada por la relativísima maleabilidad de una piel
de buey recortada. Así en España estaría bien que en
cualquier rincón provinciano, en medio de los indíge-
nas una tribu de hombres máximos desollara un buey,
y comenzara el renacimiento.

No se necesitan colonias. Llevamos en las entrañas
un sueño milenario, ancestral, de *ultramarismos* que
debe apagarse. El destino no nos ha perjudicado des-
poseyéndonos si sabemos ser autóctonos. Tengamos
ese maravilloso rasgo de individualidad de las Ate-
nienses, que llevaban en las cabezas una hormiga de
oro para demostrar que como este insecto, la pobla-
ción ateniense próspera é invicta había salido de la
propia tierra que habitaba.

Y...

Pero he comenzado diciendo, que mis opiniones se
orientan en el sentido de la parquedad, en los progra-
mas políticos, en las alocuciones, en los pasquines y
en las *enquêtes*...





LA VTOPIA — RAMON GOMEZ D-IA SERNA



LA UTOPIA

(DRAMA EN DOS ACTOS)

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

PRÓLOGO

Dispensen. Es sólo un momento.

Les voy á decir que sigo inquieto después de haber visto desenlazarse aquello.

¡Si vieran como era de sórdido, de renunciador y de pantanoso aquel ambiente, ustedes no se explicarían como yo esa resolución violenta que llega á poder con él.

Por esto siento que no van á ver el personaje capital, el traidor, el canalla del drama. Por que, ¿saben lo que es, *lo trágico* abúllico, lo trágico mediocre, lo trágico cretino, lóbrego, lo trágico inexpreso, nublado, ageno á las palabras y á las violencias, lo trágico que no es trágico, y que sin embargo es trágico?

Pues ese trágico, contra el que no cabía revolverse, (¿contra quién se van á revolver si les nace una jo-roba?) era el que embotaba aquel ambiente, y sin demostrarse en contusiones, desmigajaba y deshacía.

PROMETEO

¡Si vieran!

Pero no tengo derecho á intervenir en el drama. Ustedes dirían que abuso. Soy un extraño, si no, yo les diría cosas que ví y cosas que sentí en esa tienda de la calle de... y les diría también el nombre, si no siguiera habitada la tienda. ¡Y por quién!... Me embrollo al pensar cómo ha podido volver allí la normalidad después de aquello, pero *ellas* la gozan. Enterraron pronto el fracaso. Y llegaron á arreglarse con un cualquiera que se ofreció, se conoce, á continuar el negocio. Con él ha llegado á *amontonarse* María. El establecimiento prospera, se ha repintado la tienda, se la ha adornado de tallas, tiene dos grandes focos, se ha desorbitado una ventana del piso bajo adjunto para ensanchar el escaparate, y redondeada la plaza fronteriza que allí hacía un recodo, debe haber mucha más luz. ¡Lástima que no la solcara entonces, quizás eso hubiera favorecido su convalecencia y acaso lo hubiera conseguido adaptar.



PERSONAJES

Alberto.....	Escultor.
María.....	Su mujer.
Amparo.....	Su cuñada.
Dorestes.....	Su amigo antiguo.
Estrella.....	Su modelo de antaño.
La mamá.....	} Visitantes de la tienda.
La hija.....	
Un señor cura.....	
Un señor obeso.....	
La canalla.....	



Al quimérico y genial escultor, Julio-Antonio, camarada de Alberto, que él ha reconquistado á la muerte reconstruyendo inefablemente su *Utopía* que arrollada por la catástrofe, creimos no volver á ver.

ACTO PRIMERO

Es una tienda de imágenes sagradas, capacitada en un rincón, el de más luz—luz como toda la de la tienda, entumecida y escasa—para taller. Al fondo la puerta de la calle y el escaparate, lleno de santos, que

PROMETEO

vuelven la espalda al espectador. Sobre los caballotes, dispersos por la tienda, hay santos de todos tamaños, muy pulcros, recamados y relumbrantes. Unos extienden las alas, pisan un endriago y esgrimen una espada contorsionada, otros llevan un pez, una llave, un rejón; se apoyan sobre una parrilla sobrenatural ó en un varal del que cuelgan dos calabazas, ó en el que florece el azahar; algunos, los más vistosos, los que logran quebrar la sombra, llevan un báculo áureo, soportan una alta mitra y visten una amplia y rica capa pluvial; otros sufren atados á un arbusto, asaetados; y los menores; que sólo tienen de fastuoso la aureola, visten su cogulla de estameña y llevan una cruz. Las santas vestidas de trinitarias, de pastoras ó sólo envueltas en un plisado manto celeste alumbrado de estrellas ó de flores, llevan clavados en el corazón siete puñales relucientes, escuchan una palomita y escriben sobre un infolio, se apoyan en el costado un convento, aparecen en una gruta de estalactitas, apacentan un sólo cordero blanco, llevan sus dos ojos en una bandeja argentea, sufren una espina en la frente, ó no hacen nada en actitud seráfica.

ESCENA I

Alberto, solo, sentado sobre un cajón de embalar, mira alucinado el más allá. Un rato permaneco la escena inanimada y silenciosa. En su silencio y en su soledad, es macabra la inmovilidad y el empaque de todas las imágenes, y es grotesca.

ESCENA II

MARÍA y ALBERTO

(Aparece María rocelando, y al ver á Alberto arregustado, puesta en jarras, caramillosa, le interpela).

MARIA.—¡Ya estás dormido!... Te caes sobre cualquier sitio, y no eres gotoso, ni padeces colapsos... ¡Así echaremos buen pelo!

ALBERTO.—Mujer, estaba cansado...

MARIA.—Sí. Lo que te sucede, bien lo se yo... Ayer volvieron á venir por el San Juan, que es lo único que impide la inauguración del oratorio... Ya sabes que estoy invitada. Bien puedes esmerarte... sería bochornoso estar entre gentes á las que no gustase tu obra... Además urge, porque necesito un abrigo y espero comprármele en el momento que cobres...

ALBERTO.—Pasado mañana estará acabado... y tendrás tu abrigo... ¡Pero es un trabajo tan pesado!...

MARIA.—Siempre quejoso... Pesado por que no lo haces con fe, por que no los veneras... Y por cierto, tu vendrás conmigo á la inauguración.

ALBERTO.—Mujer, no es necesario.

MARIA.—Lo es. Has de exhibirte más en las fiestas religiosas. Eso traerá más encargos... Es mi pesadilla tu descrimiento... Si no llega á ser por mí, perdemos toda la clientela. Ya decía la gente asustada de la profanación «Un ateo que hace Santos».

ALBERTO.—¡Y me reconvienes aún! Voy todos los domingos á misa, me arrodillo cuando los demás y me persigno á su vez...

MARIA.—Sí, pero... Vamos. No quiero hablar de eso... reñiríamos como siempre... (Iluminada): Con tal que trabajes mucho, mucho. ¡El dinero hace al hombre enterol...

ALBERTO.—Trabajaré... (Se levanta, relajado de abatimiento, y se pone á trabajar).

MARIA.—Desecha tus ideas... No se que imaginas siempre... Con las glorias se te van las memorias...

ALBERTO.—Ya estas con tus refranes... No hay nada más horroroso que un refrán... Lo prefiero todo á

PROMETEO

un refrán... Si yo alguna vez enfermo de gravedad, he enfermado por tus refranes.

MARIA.—Mala hierba nunca muere...

ALBERTO.—Si tú vieras como me dan en la cabeza...

MARIA.—Manías tuyas... Además los digo sin darme cuenta... Refrán que se ha escuchado nunca más olvidado...

ALBERTO.—Eso es lo peor, que cantan como un estribillo cicateramente, y no lo dejan... No los digas más... Sobre todo no traigas uno nuevo...

MARIA.—Bueno, pero echa tu del magín todas esas cosas que te hacen triste, reservado, y poco fino con tu esposa... Se te ocurrirían más cosas de no ser así... Te hubieras fijado en mis manos sin sortijas.

ALBERTO.—¡Pues y el anillo de boda!

MARIA.—De no ser sujetador de una lanzadera no es nada... ¡Qué bonita haría una lanzadera en mi mano!... He visto ayer una en una casa de préstamos, que ni de encargo.

ALBERTO.—Tu eres después de todo la que manejas el dinero. ¿Por qué no te la has comprado?

MARIA.—Porque hubiera querido que hubieras sido tú el de la iniciativa... Además no quiero que me digas que despilfarro... Pero te estoy distrayendo como tus sueños... A ver si concluyes eso.

ALBERTO.—Sí, mujer, te comprarás el abrigo y hasta iré contigo... (Vase María).

(Alberto, solo, trabaja en silencio un momento, pero pronto abandona los bártulos y se vuelve á caer sobre el cajón).

ALBERTO.—(Hablando con quebraduras)... Verdad... Será inútil... ¡Esta mujer!... (Pasándose la mano por el cuello). La bola pegadiza... glutinosa... de todos los días!...

ESCENA III

ALBERTO, LA MAMA y LA HIJA

(Forcejean la puerta del fondo, se resiste un momento —como todas las de las tiendas— se abre y suena con impertinencia el timbre de aviso. Alberto revive y se pone en pie. Aparecen con pasos cortos, dos señoras empaquetadas y lujosísimas. A las claras, madre é hija, aunque la mamá no quiera ser la mamá, sino la hermana).

LA MAMÁ.—Muy buenos días... ¿Es usted el maestro?

ALBERTO.—Para servir á ustedes.

LA MANA.—(Muy ceremoniosa). Tanto gusto... No sé que tienen ustedes los artistas que no se despintan... Venimos á elegir dos santos para nuestra capillita... (humildosa). No se vaya usted á creer... es una cosa modesta... La niña, (señalando á su hija, tipo de solterona, con los dientes muy crecidos) lo ha arreglado todo... Ha quedado preciosa, pero nos quedan dos restablitos sin santo...

LA HIJA.—Sabe usted, regalamos los que tenían antes... Eran unos santos muy anticuados y muy feos...

ALBERTO.—Señorita, los santos primitivos eran deformes, horribles, y bajo su invocación fué cuando hubo más fe.

LA HIJA.—En Burgos, en la Catedral, los hemos visto, ¿te acuerdas, mamá?... Pero yo no me puedo explicar como pudieron adorar á aquellos santos contrahechos. ¿Qué idea tenían de sí mismos aquellos hombres para hacer cuerpos tan raros?

LA MAMÁ.—Aquellos artistas no eran tan consumados como lo son ustedes.

ALBERTO.—Muchas gracias.

LA HIJA.—Además, ¿quién conoce ya á San Cástulo y Santa Cipriana?... En tiempo de mis abuelos, quien sabe, quizás eran los santos de éxito...

PROMETEO

ALBERTO.—No on balde pasa el tiempo.

LA MAMÁ.—Tiene usted razón. ¿A qué no hace usted San Cástulos ni Santas Ciprianas? Quizá ni tiene uno para muestra.

ALBERTO.—Ninguno... No se venden... La corte celestial, que según los Frolilegios es tan extensa, para mí es bien reducida.

LA MAMÁ.—Enrique, un amigo nuestro que tiene mucha gracia.

LA HIJA.—¡Oh! saladísimo.

LA MAMÁ.—Dice que en el cielo impera también el caciquismo y que el que no bate el agua á los caciques se ahoga... (Riendo con la panza). También dice que eso le permitirá dar un pucherazo, porque la corte celestial es conservadora como él.

LA HIJA.—(Con un golpe de risa histérico). ¿Usted sabe cuál es, según él, el colmo del ladrón?... Entrar en el cielo con ganzúa.

ALBERTO.—Si San Pedro usa las llaves con que le pintan en las estampas, es posible, pero es seguro, que ha adoptado, escarmentado por alguno que se le entró de rondón, como el colmo de las cerraduras, la cerradura inglesa.

LA MAMÁ.—Tiene gracia... Se lo diremos para estropearle el chiste... Usted nos consentirá que le plaguemos.

LA HIJA.—Pero mamá, al grano... Que quizá estamos distrayendo.

ALBERTO.—De ningún modo, señorita.

LA MAMÁ.—Pues yo quisiera dos santos baratitos... Que la pareja no suba de unos diez duros...

ALBERTO.—(Señalando). Mire usted aquella purísima, vale treinta pesetas y aquel...

LA HIJA.—(Que inspecciona el taller á través de sus impertinentes, interrumpe desde un extremo de la tienda). ¡Mirá mamá, qué santo más bonito!

LA MAMÁ.—Si que es bonito. ¡Qué perfección de facciones!

LA HIJA.—¡Quién es, maestro?

ALBERTO.—San Damián... El santo de este invierno—el que según malas lenguas—ha venido en el mismo paquete de modas, junto al traje imperio y el sombrero Renior.

LA MAMÁ.—Malas lenguas... (Madre ó hija continúan su revista). ¡Qué cara más llena tiene este San Antonio! ¡Qué hoyuelos!

LA HIJA.—¡Qué nariz! ¡Qué distinción!

LA MAMÁ.—¡Qué colores!

ALBERTO.—Es la buena salud que les dá mi pincel... En vida fueron lívidos, demacrados, hasta cetrinos, pero hoy no se venderían sin que les repusiéramos nosotros... Yo he descubierto en un viejo libro que San Antonio de Padua era jorobado ¡pero figúrense ustedes que le pongo la joroba!

LA MAMÁ.—Yo no tendría devoción á un santo fenomenal.

LA HIJA.—Yo es una cosa que miro mucho en los Santos, la belleza...

ALBERTO.—Sabido eso el otro día me detuve indeciso al hacerle los bigotes á San José y estuve por peinárselos á lo Kaiser.

LA HIJA.—Tiene usted muy buen humor...

LA MAMÁ.—Mira este niño Jesús, que regordete... Mirale desnudito... ¡Qué mono!... Es que lo tiene todo... Hasta sus uñitas... ¡Está diciendo comedine!

LA HIJA.—¡Que muslines!

LA MAMÁ.—Entre tanta imagen se irá usted haciendo un Santo... ¡El divino ejemplo!

ALBERTO.—(Quejoso). Señora, me dan demasiado que hacer... Hay maderas nubladas... Además me siento el padre de sus reverencias.

PROMETEO

LA MAMÁ.—Es usted un poco burlón... Eso no está bien.

LA HIJA.—Mira este santo rubio. ¡Qué figura! ¡Qué manos más bonitas!

LA MAMÁ.—¡Y éste, que caida de ojos!

ALBERTO.—Se olvidan ustedes de las Santas.

LA MAMÁ.—No, no. Las hay también muy hermosas.

LA HIJA.—Pero decídate mamá.

LA MAMÁ.—Por mi gusto San Damián y el rubio ese... ¡Qué santo es el rubio!...

ALBERTO.—San Julián... Un santo que se vende mucho, un buen santo.

LA MAMÁ.—(Maliciosa). ¿Porque se vende?

ALBERTO.—Sí. Yo hablo un poco materializado... Santo que no se vende es un mal santo. Arrinconado tengo un San Crispulo, completamente malo pues ya tiene hasta carcinoma... Nunca acabo de venderle.

LA MAMÁ.—¡Y en cuánto me deja usted los dos? Hay que ver que me los llevo emparejados.

ALBERTO.—Setenta y cinco pesetas...

LA MAMÁ.—Pero...

LA HIJA.—(Aparte á su madre). Mamá, que es cursi regatear.

LA MAMÁ.—Pero... (Se reprime á un tirón de la manga que le dá la hija). Mi devoción no me consiento regatear... (Paga y alarga una tarjeta). Aquí están mis señas...

LA HIJA.—(En plena hilaridad). ¡Le va á dar una envidia á Dorotea.

LA MAMÁ.—Y á las de Gálvez.

LA HIJA.—A Enrique se le ocurrirá algún chiste...

LA MAMÁ.—Maestro, buenas tardes.

LA HIJA.—Adios.

ALBERTO.—A los pies de ustedes.

ESCEÑA IV

Alberto solo, otra vez destruido, yacente, sobre el cajón de embalar:—Bien podía serme un Judas Iscariote vendiendo á Dios á los fariseos. (Se vuelve á perder. Pausa.)

ESCEÑA V

(Se vuelve á abrir la puerta del fondo y aparece Dorestes, un hombre joven, en *menage* de artista. Alberto tiene el primer impulso lacayesco del monestral ante el cliente, á ras del que lo reconoce. Se abrazan).

ALBERTO.—¡Tú!

DORESTES.—¡Yo!

ALBERTO.—(Irónico). Nosotros...

DORESTES.—(Irónico). Ellos... Las efusiones entonces.

ALBERTO.—Agolpan la sangre en el corazón y deshabitan la cabeza... ¡Tú!

DORESTES.—Sí; yo...

ALBERTO.—Siéntate... ¿De dónde sales?

DORESTES.—Vengo de París.

ALBERTO.—(Con seguridad). Victorioso.

DORESTES.—No, fracasado... En París se triunfa magníficamente como en ninguna parte, pero también se fracasa inauditamente, como en ningún otro sitio... Se piensa en L'Opera, en lo *fashionable*, pero no se piensa en *La Morgue*, ni en los albañales.

ALBERTO.—Pero si te han derrotado no ha sido por falta de talento.

DORESTES.—Sin que pueda dejar de haber sido por eso, en este caso todo lo ha hecho la falta de exhibición... He fracasado en la puerta de las exposiciones y de las tiendas de venta, no después del *barnisage*, ni en los escaparates... ¡Cuestión de los empresarios, no del público!... ¡Bah! ¡Nada! Soy indomable. ¿Y tú?

PROMETEO

ALBERTO.—Me empolvo, ya lo ves, y me arrastro...

DORESTES.—Hombre, á esto llamas arrastrarte, tu que escalas los cielos muy á menudo, por lo visto y vas desalquilando el cielo.

ALBERTO.—No te burles, has entrado en pleno drama.

DORESTES.—¿Drama?... ¿Desgracias de familia?...

ALBERTO.—No.

DORESTES.—¿Entonces?... Como esto tiene un aire envidiable de confort, creí que se podría ser jovial.

ALBERTO.—Cuando este se ha dedicado á lo lucrativo, es que el lucro es su ideal, y consumada su ambición, consumada su felicidad ¿Qué?... ¿No ha sido esta tu lógica?... Pues eso es falso, mi ideal es otro, el tuyo, y huelo á corrupción... y peno, porque lo sacrifiqué y porque soy la víctima...

DORESTES.—(Se desconcierta un momento, pero como la pausa es horrible, hace un loco esfuerzo y dice): Olvida... y mira... (Desatando un cartapacio y acercándose á la escasa luz de una ventana). Estos son los bocetos de mi obra en preparación... Mi suntuosa obra... De un genio negro... La definitiva... Esta mujer, muy blanca, toda desnuda, dá un beso á Don Juan dormido en su féretro... Será de una belleza violenta esa desnudez sobre el negro del túmulo en alto... ¿Qué te parece?

ALBERTO.—(Asombrado como un beduino). ¿Yo puedo decir, todavía una palabra sobre esas cosas? ¿Me concedes beligerancia?...

DORESTES.—¿A qué hablas tan apesadumbrado?

ALBERTO.—Con más pesadumbre que nunca. Hacía mucho que no hablaba con el artista que me hablara de sus entusiasmos, echándome en cara los míos.

DORESTES.—¿No es más que eso lo que te entristece?

ALBERTO.—¿Son tantas cosas?... Ya te he dicho que has entrado aquí en pleno drama...

DORESTES.—Me vas preocupando, ¿dónde está el drama?

ALBERTO.—Tu no lo ves, eres visita en este ambiente... No notas el horror de esas imágenes. Tienen todas una cara desprovista, la que ellos quieren. ¡Me he amanerado! Y es siniestro mi amaneramiento... Has hecho bien en venir á esta hora... no se les va ya y no encenderé la luz... Yo te quisiera hablar de la enemistad de todo esto, pero tu no entenderías... Eres aquí un transeunte, vives aún de la luz que has traído de la calle, del oropel que has traído de tu estudio, de la jovialidad de tu vida.

DORESTES.—Sí. Yo no se entenderte, si no te explicas más.

ALBERTO.—Por desgracia, lo más dramático de mi vida, es que es una vida sin drama... Mi drama es el drama de no tener drama... Si viniera el drama traería la solución... Lo deseo... Quizá tu has venido á precipitarlo... Habla... Dime de tu vida en París... de tus sueños... de tus locuras...

DORESTES.—No me atrevo... Me escuchas muy aquejado y son cosas radiantes...

ALBERTO.—Me alegraré contigo.

DORESTES.—Mira, allí se olvida uno de trabajar por reir... Pero cuando se trabaja se nota que todas las risas le han sobrepujado, le han acrecido y trabaja mejor, y hasta genializa... He hecho cuadros fantásticos, influidos por las conversaciones de café con los poetas... He hecho portadas «feeriques» como se dice por allí, destornilladas como se dice por aquí... y he estudiado al desnudo, desnudos deshechos por el placer, los de mis queridas... y otros hechos para él, pero abstemios, los de las modelos... Estos, cuando tenía dinero... Además, traigo el *Louvre* cromolitografiado en la cabeza y en el corazón... ¡Si tu vieras!... He expuesto en las exposiciones de artistas libertarios... En una de

PROMETEO

ellas una cosa española, de navaja y trapío... ¡Un éxito! Hasta he hecho caricaturas, y á la hora en que abren el «bureau» le *Rire* y le *Journal amusant*, he formado en la larga hilera de los que esperaban antesala y he vuelto á esperar para recoger mis caricaturas las más de las veces... (Pausa. Mirando de pronto á Alberto). Ma desconciortas. No te iluminas...

ALBERTO.—Me ha desconsolado violentamente y eso es lo que necesitaba para reaccionar... Tu boceto me ha recordado el mío... Mira, un día al llevar á una tienda de molduras el retrato de mi único hijo malogrado, el tendero me dijo mirándole:—Que niño más inteligente. Yo tengo uno parecido... Lo llamó y entonces yo lloré á mi hijo como no lo había llorado nunca... Así tu obra me ha recordado, la que me ha destruido á mí el destino.

DORESTES.—¡Qué obra es esa? Sincerate.

ALBERTO.—Lo necesito... Tu me aconsejaras... Después de marcharte tú, cuando me rechazaron en la Nacional, aquellos dos hermanos que se abrazaban en la desdicha, envuelta la desnudez del uno en la del otro, porque la mirada incestuosa del jurado los creyó amantes; entonces planeé soliviantado por el desaire un grupo escultórico: «La Utopía»... Mi obsesión es volverle á ver, crearlo de nuevo tal cual fué. (Modula las palabras pasionalmente). «Una mujercita, impuber, de una belleza imposible, conduce de la mano, á un hombre, musculoso y recio, que arrastra su horramienta de martirio, envolviendo como en una caricia, con la tersura de su antebrazo, el de él, nervudo y fuerte, propio de un hombre de brega al destajo, y le conduce con esa filantropía á la ciudad perfecta, la soñada, hacia la «Utopía»... Date cuenta... Resumía toda nuestra visión anarquista, ¿te acuerdas de la bandera roja que teníamos en nuestro estudio?... Le hice ciego... Era ciego simbólicamente, era ciego

porque no había visto más que la ciudad, una ciudad como lo son ya todas las ciudades, americanizada. No obstante tenía abiertos los ojos, sobre sí, donde llevaba el barrunto de la ciudad desecada... frente á ELLA se le abrían los ojos en esa primera comunión con la «utopia»... Era como nosotros... ¡No, Paco!... ¡Si nos ofrecieran una ladera florecida que mirara al Norte ¡no desparramaríamos con magnanimidad sobre su lomo, la gran ciudad, la ideal, que llevamos dentro!...

DORESTES.—(Meridionalmente). ¡Bravo! ¡Bravo! Y donde está esa obra maestra.

ALBERTO.—¡No has oído que te he hablado de ella sombríamente!... No pude concluirlo, nos acosaba la miseria, ellas dos clamaban... Mi mujer y su hermana. (en voz baja) un ser contrahecho, rabioso, enfermo al que no se puede abandonar... Tuvo que cejar... Es mi crimen, del que conservaré la mancha eterna en las manos, y al que he de vengar... Abandoné el estudio, invalidé la estatua que se llevaron, como un montón de barro sin importancia... Desde entonces vivo desarticulado, esperando el día de resarcirme y no esperándolo porque no se ir á él... Me cura, la pereza, la renunciación y el aspecto de rincón de los muertos que tiene esto, la trastienda sobre todo, siempre oscura... húmeda... cenagosa... Así parece que me escapo á no se que despierto sobre mí á ciertas horas... fumo mucho, mucho y tengo siempre un sueño horrible... Me duermo en los rincones, hasta de pie... Tengo ratos de neurastenia... Así me desoriento... Hoy me he levantado entristecido ante la imposibilidad de tener una musulmana de esas que cuentan sus años por Lunas... Ya ves qué incongruencia. Así paso ratos inefables de pobre hombre... ¡Si pudiera prohibir á algún niño!... Pero todos ó los quieren ó los explotan... Tengo un gato y tengo una *urraca*... Pero te estoy contando mis miserias, todo lo que para tí es grotesco y que cuando

PROMETEO

á ratos me pongo frente á mí como tu lo estás ahora, para mí es trágico...

ESCENA VI

Vuelve otra vez á resistirse la puerta, suena el timbre y aparece un cura rollizo y encorado.

EL CURA.—¿El dueño?

ALBERTO.—Servidor.

EL CURA.—(Disculpando su pregunta). Como no hay luz.

ALBERTO.—(Enciende y mira aterrorizado á Dorestes cuya presencia ha olvidado al encender movido por hábito servicialísimo de tendero). Usted dirá.

EL CURA.—Yo quería un San Pascual por encargo de la Señora Marquesa de Allende, de quien soy el capellán.

ALBERTO.—(Cogiendo de encima de una mesa un libro). Aquí tiene usted un florilegio gráfico... ¡San Pascual!... (Hojea un momento). Nunca lo he hecho... De estos encargos especiales rara vez viene alguno... Aquí casi siempre se hacen asiduamente los mismos Santos sobre poco más ó menos... No se sale de la docena... (Alberto se detiene en su hojeo). Mire... Aquí está San Pascual... En ese lado en sus tiempos de predicación y de abstinencia, pobre, roto, y aquí, ya victorioso y regalado... resplandeciente, lujoso, trajeado de obispo... ¡Cuál hago?...

EL CURA.—Ni que decir tiene... Considere usted que es para la capilla del palacio de los señores Marqueses de Allende... De obispo y recargue el lujo de la casulla... La señora Marquesa las tiene en su ropero riquísimas... Tiene un gran criterio para todo eso.

DORESTES.—(Aparte). Claro, es probable que agotoso no le dejarán entrar los porteros de sus excelencias, obedeciendo siempre órdenes terminantes... ¡La buena gente!

ALBERTO.—Así se hará.

EL CURA.—¿Y en cuanto precio?

ALBERTO.—Si ha de tener todo el lujo que usted desea, doscientas pesetas, de ese tamaño. (Señalando uno de los que hay en el taller).

EL CURA.—Yo nunca he comprado Santos, pero me parece un poco caro.

ALBERTO.—En menos es imposible, á no ser que le vistamos de harapos.

EL CURA.—De ningún modo... Hágalo, hágalo lujoso... y envíemelo al palacio cuanto antes. (Entre-gándole una tarjeta). Aquí tiene usted las señas... Vaya, usted siga bien.

ALBERTO.—Felicidad. (Se aleja el cura).

EL CURA.—(Volviendo sobre sus pasos). ¡Ah! Se me olvidaba, no omita el amatista de la sortija, ni la cruz del pectoral y si se le ve alguna sandalia, que sea de oro la hebilla...

ALBERTO.—Eso fuera de cuenta.

EL CURA.—Sí... Con Dios... (Vase. Alberto apaga las luces).

ESCENA VII

ALBERTO y DORESTES

DORESTES.—Me sorprende que puedas resirtir á esta gente, yo no serviría.

ALBERTO.—Cuántas veces se me ha ocurrido vengar el fracaso de mi *Utopía*, la tragedia de haberla dejado sacar en angarillas como un muerto, y vengarla en estas gentes sin desprendimiento, que son el motivo de todos los estragos sordos, sin responsable. (Cómo infamado; recordando de pronto). ¡Ah! ¡Lo has visto todo!... ¡Qué estéril... y qué estúpido! ¡He! Todos imploran, se angustian, se olvidan... ¡Cómo podríamos suspender nuestra vida como los galileos!... Todos de caramelo... Y yo los hago. ¡Comprendes esta para-

PROMETEO

doja!... Si vieras la aridez y la aspereza y el esfuerzo del escople y de las herramientas sobre la madera... ¡Y el dorador!... ¡Qué ofensivo! ¡Eh!... ¡Y sus colores de cromó! colores sin verdad, decorativos á su capricho. ¡Y los ojos de cristal!... ¡Y la monotonía de hacer uno... y otro... y otro!... Y siempre los mismos. ¡Y los diez duros usuales!... ¡Y la colaboración de mi mujer y mi cuñada que hacen y bordan hopalandas y trajes talaes, cosus de muñecos!...

DORESTES.—¿Y cómo trabajas en madera?

ALBERTO.—Porque sólo en madera se puede bendercir... Y si vieras, como sobre la madera no se ve nada, todo es mediocre, todo es de juguete, muerto... Ni se consigue la *carnalidad*... no se logra la sensualidad... La Venus de Milo, interpretada en madera, perdería su valor... es de una apariencia ingrata y desolada... Y yo estoy envuelto ya en el hábito de todas estas cosas... y sé hacérselas simpáticas y sé conquistar su ¡bonito! y su ¡encantador!... Y en mi silencio, en mi soledad junto á ellos he llegado á temerlos, me imponen, y en la oscuridad me persigue una mirada vízca... fijate: vízca, fea. ¡No es que estaré loco!... Me inquietan como esos hombres de los que sólo sabemos que tienen una tribu innumera de vasallos ó de admiradores; me imponen por el número de adeptos que tienen y porque son como el yodoformo, fecundos en pesadillas. A veces surge en este remanso una horrorosa evocación de estragos, de lenocinio y de monstruosidad.

DORESTES.—De tanto preocuparte, te trastornarás... A otra cosa... (Vigerosamente, iracundo, mordiendo las palabras). ¡En todo este tiempo, no se te ha ocurrido hacer en vez de una de esas vírgenes ñoñas y paca-tas, un desnudo magnífico de cortesana ó de vírgen destinada al amor... Algo artístico, grande, humano, poseído de sensualidad y de vigor.

ALBERTO.—¡Como no!... Pienso mucho en Afrodita,

en Hermes, en Dionisos... Además ahí tengo arrinconado en el sótano porque no se vende, un Cristo en la cruz que á ninguno de mis parroquianos les ha gustado. ¡Les hacía mal efecto!... Quiso hacer en él, algo más que un Cristo... Nosotros los artistas, como somos sentimentales y primitivos somos apostólicos y místicos... ¡Eh! Y lo somos, porque sí, sin credo y sin equilibrio... Estamos enterados de que hay gentes que sufren, que desfallecen, que se van deshaciendo, desmoronando á fuerza de hambre, por la labor á destajo, y lo sabemos porque nos hemos sentado una vez á su mesa en su callejón y sabemos lo que es la sopa con sebo y el bacalao negro y el pan sin sal... sabemos que hay tuberculosos incurables, que un día se hinchan y rebientan... ¡Qué cosas más horribles hemos visto!... ¡Te acuerdas de nuestras excursiones á los ranchos y á los tugurios!... Uno de esos hombres me sirvió de modelo para mi Cristo, era greñudo, flaco, asimétrico, tenía deformados el pecho y la espalda por una pleuresia mal curada en la prisa de trabajar para comer; los pies eran informes, las manos callosas, el pecho peludo, las ojeras sucias, la boca torcida, descompuesta, la carne con rodilleras, pollejosa, los tejidos anémicos, extenuados... Casi resultó una obra pictórica también, porque tú no te puedes suponer con que tenacidad busqué en la paleta el color de la extenuación hasta que lo encontré... Lo expuse y nadie ofreció nada por él... Todos protestaron... Quieren Cristos guapos... sin éxodo, perfilados, que les sugieran el hombre de sus sueños á ellas, y á ellos yo no sé que sodomitismos... Quieren Cristos afeminados, tersos, sonrosados, lechosos, lamidos de formas, de una frágil delicadeza, ensortijado el pelo, recortada y rizada la barba... Me esforcé por encontrar el gesto más doloroso del dolor... quise conmoverles entrañablemente, contagiarles, desgarrarles, y así hacerlos buenos...

PROMETEO

En balde... Quieren el dolor teatral de los Cristos artificiosos, ese dolor suave, difuminado y limpio... Un dolor que no recuerde el de los hospitales, ni el de los miserables... un dolor inhumano, un dolor baldío... sin dentar... sin escoriaduras violentas... cosquilloso... la herida del costado empequeñecida, sin labios casi, sin coagulaciones, sin sordidez y la sangre escasa y la boca normal, sin torcérselos y... todo curado de su crueldad... Un dolor que no les inmute con su verismo, un dolor excepcional para que no les recuerde su responsabilidad en los dolores comunes.

DORSTES.—Me van ahogando estas cosas... Dis-tingo ya la razón de tus quejas y tu drama...

ALBERTO.—En el principio de mi carrera quise hacer también vírgenes, como yo las sentía... Las hice frente al modelo, pasando insomne algunas noches... pero su aspecto humano, inevitablemente sugería la noción de su sexo... ¡Mi equivocación!... Arrinconadas las tengo... Cumplí en ellas el precepto de Fidias de que bajo el traje se debe trasparentar el desnudo, pero me olvidé que Fidias había nacido muchos años antes que Jesucristo... No tenía ese ansia que va contra naturaleza y que esconde el desnudo y lo soterra... Nadie las quiso, ellas temieron el qué dirán y la competencia y ellos no se atrevieron á proponer... Les ví esconderse en sí mismos, huyendo el desnudo...

DORSTES.—Me vas haciendo tener ganas de blasfemar, de ser iconoclasta de acción... Y eso no te conviene... Todo eso es deplorable... increíble.

ALBERTO.—Cuando quieren un niño Jesús, le quieren perfecto, proporcionado, volviéndose contra la naturaleza, que hace al niño chato y de cabeza grande y de piernas cortas para que pueda llegar á ser proporcionado... No hay cosa que me duela más que hacer

estas cosas de bazar, estas virguerías ridículas y lindas... Yo hasta haría mejor que esto, Dioses Aztecas, esos dioses abracadabranes, intensos, demedidos y sanguíneos.

ESCENA VIII

DICHOS y UN SEÑOR OBESO

(El señor obeso entra en escena precipitadamente, fuma un puro enorme y lleva un dije terrible sobre el chaleco).

EL SEÑOR OBESO.—¿El comerciante?

ALBERTO.—Servidor.

EL SEÑOR OBESO.—Quisiera una pareja de sagrados corazones.

ALBERTO.—(Encondiendo la luz otra vez y volviendo á mirar horrorizado á Dorestos). En el escaparate tengo dos que le gustarán. (Descorre la cortina que respalda el escaparate).

EL SEÑOR OBESO.—Bien, bien. ¿Podría usted embalarlos mañana mismo y enviarlos á... Espere usted. No me acuerdo, pero... (Saca una carta buscando las direcciones; lee entrecortadamente, salteando). «Los republicanos gri... Combataaa... aaa...» (Moscardando sobre la carta). «...es necesario que envíe...» eec... así contrarrees... eees... (Interrumpiendo el moscardado). Aquí está. Apunte. Santa María del Mar, Oviedo, y San Clemente, Oviedo también, á ambos alcaldes... Con sólo eso basta... Se trata de reaccionar contra los socialistas y los republicanos, y es urgente... Lo que hay que hacer es alhajarlos... A la Virgen un collar de perlas falsas de muchas vueltas y un corazón de pedrería, y á Jesús, en lugar de esa aureola, cómprele otra más vistosa, las don cosas en los *Cien mil brillantes*. ¿Usted sabe donde está eso?

PROMETEO

ALBERTO.—Sí, señor.

EL SEÑOR OBESO.—Esmérese, porque si arrecia la propaganda quizá envíe á todos los pueblos del distrito sagrados corazones... (Dando una tarjeta). Mis señas para la factura... Seguir bien.

ALBERTO.—Felicidad, señor. (Vase el señor obeso).

ESCENA IX

(La escena está sobrecargada por toda la jaqueca de las confidencias y del cotidianismo de lo que sucede. Hay una larga pausa en que los dos, pesados, abúlicos, sienten el paludismo del ambiente y su tragedia bien católica, educada, redicha y dulzona).

ALBERTO.—Ya ves, todo es ofensivo... (Pausa, en que sienten como si hubieran naufragado en una *albufera*).

(Al cabo suenan unos golpecitos en la puerta).

DORESTES.—(Recobrada su jovialidad). Mujer tenemos. Sólo á una mujer se le ocurre anunciarse antes de entrar en una tienda.

ALBERTO.—Adelante.

ESCENA X

DICHOS y ESTRELLA

ESTRELLA.—Muy buenas noches.

DORESTES.—Muy buenas.

ALBERTO.—(Aplanado). ¡Hola!

ESTRELLA.—¡Caray! ¿Ha sucedido alguna desgracia de familia? Vaya, lo siento...

DORESTES.—(A Alberto aparte). ¿Quién es?

ALBERTO.—(Dentro del aparte). Una modelo... Viene mucho á verme. Pero me recuerda deplorablemente mi obra... Ella era la «Utopía», la que llevaba al obreiro hacia la ciudad maravillosa.

ESTRELLA.—¡Secretos!... Mis señas con seguridad... Cava Baja, 12... segundo, interior... letra A...

ALBERTO.—Presumida.

ESTRELLA.—(Mirando á su alrededor). Tu siempre lo mismo... Tu no te revelarás.

ALBERTO.—¡Caramba!... No en balde pasas por los talleres hace mucho tiempo... Los artistas son épicos. ¡Cuántas veces sirviéndolos de modelo los has oído decir ante su obra en camino: «Esta será mi revelación»! Son buenas gentes.

DORESTES.—¡Lo único malo son los jurados!

ALBERTO.—(Poniéndose en pie, *incógnito*). Yo también me revelare, mi hermosa utopía... Tu lo vas á ver. (Se ha trasformado de improviso, y es radiante, y gallardo y violento).

DORESTES.—Tengo fe en que serás digno de tí. Aquí tienes para ello á tu bella modelo.

ESTRELLA.—(Sentándose con toda displicencia, como sólo saben hacerlo las modelos). Gracias...

ALBERTO.—Tu no sabes lo que vale... Odio sus ropas... Tiene uno de los más bellos desnudos que he conocido.

DORESTES.—Será verdad, creo en tí... Los hombres gubernamentales han empañado el sol al perseguir el desnudo... No seríamos tan sombríos si el desnudo se reivindicase.

ALBERTO.—Tu lo has dicho, seríamos más efusivos, mejores, más abnegados, más místicos. (Dorestes se pone en pie como para irse). ¿Te marchas?

DORESTES.—He de hacer una cosa ahora... Hasta mañana. Vendré con frecuencia... Tengo fe en tu resurrección de entre los... santos.

ALBERTO.—Has hecho bien en venir... Has sido providencial... El drama de no tener drama va á concluir... Me siento con ánimos de dar un salto mortal.

DORESTES.—Tu sabrás lo que haces... Yo soy el

PROMETEO

hombre de las locuras y no sabría aconsejarte prudencia... Escucha. (Le lleva á parte á un rincón). Me podrías dar unas pesetas... No he comido hoy...

ALBERTO.—Toma.

DORESTES.—Gracias. No sabes cuanto te lo agradezco. Adiós.

ESTRELLA.—Con Dios.

(Alberto no le despidе. Vase Dorestes).

ESCENA XI

ESTRELLA y ALBERTO

(Alberto cae abatido de nuevo en el cajón. La petición de dinero de su amigo, le ha vuelto á hundir).

ALBERTO.—(Hablando solo). ¡El dinero!... ¡Si me lo hubiera escamoteado!... Lo hubiera preferido.

ESTRELLA.—Muy serio te pones... Te vas haciendo un Santo entre tanto Santo... Dime con quien andas y te diré quien eres.

ALBERTO.—Era el Iscariote y me voy á hacer Dios... Este amigo me ha descubierto el cielo y lo voy á alquilar para mí solo.

ESTRELLA.—¿Y go?

ALBERTO.—Para ti también.

ESTRELLA.—Magnífico... Vámonos.

ALBERTO.—¡Chist! (Se asoma receloso á la puerta de la izquierda y escucha un momento. Nada. Vuelve otra vez junto á Estrella). Pero dame primero un beso mi «Utopia».

ESTRELLA.—Siempre empeñado en llamarme como á tu estatua... Yo me llamo Estrella... Aun delante de los amigos eres así... Ahora delante de este... Figúrate que se les ocurre buscarme, pues tu les has desorientado. ¡Qué sabe mi portera de esa Utopia!... Me llamo Estrella.

ALBERTO.—No, Utopia... Pero dame el beso.

ESTRELLA.—Aquí no... Estos santos imponen... Esta tienda sobrecoge como una iglesia.

ALBERTO.—¡Oh!, los creadores de remordimientos... Escardan los labios... Pero no les tengas miedo mujer... Los he hecho yo, y sé lo que pueden dar de sí...

ESTRELLA.—(Le dá el beso y dice tirando de él).
Vámonos.

ALBERTO.—Chist. (Desmonta el timbre y salen).

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, en una oscuridad cerrada. Han transcurrido dos horas.

(La vida en serio, livida, la vida padrastra, visoja, la vida sordo-muda y ciega, la vida artítrica, la vida que valiendo la pena de renunciarse no se deja renunciar, la vida oxidada, derrengada, sin sol por las mañanas, sin luna y sin constelar por las noches—á esta hora—sin frivolidad, sin galanteria, sin arlequinismo, canosa, sin horizontes, sin campitos, sin aguita, sin pajaritos, sin amapolitas, sin campesinismo, sin todo eso que es tan inefable, tan propio, tan benigno, la vida opilada, en plena veda siempre, una vida hecha de cuatro cosas mates, de cuatro siluetas, de cuatro costumbres y de cuatro palabras, es decir, cuatro veces cuatro cosas, y ninguna vez, ninguna, porque la monotonía las ha *distratdo* y ya ni se ven, ni se escuchan, ni se entienden—por eso es una vida sordo-muda y ciega—

PROMETEO

y sin embargo se atienden, porque esa vida viciada y sofisticada, sobre carga, hiende el pecho y derrenga... Es la dolorosa camisa de fuerza que ni hiere, ni desgarrar, ni es cruenta, ni azota, ni injuria, ni acardónala, ni hace daño y es holgada y es confortable y apaga y anula como una caperuza la llama. Una vida neumática, desconceptuada, descerebrada, en fin, una vida j... es la que llena este remanso de sombra y paz. Se la nota más á esta hora, después de todo lo sucedido en el día. Todo en este ambiente es fatal, *inparadójable*, irrisible y asexual. Sin embargo—inimaginablemente siendo asexual—se ayunta con uno, violándole con una concuspicencia inhumana, turbia, pederasta, horrible, irresistible, trasverberadora, y así, preña, abotarga ó hincha de sus cosas, de sus aberraciones y de su sentido común. Lucrecia, esposa de Lucio Tarquino Colatino, violentada con horror por Tarquino, no pudiendo sobrevivir á su afrenta, después de hacerla pública, se quitó la vida por su propia mano).

ESCENA I

MARÍA sola.

(Buscando en la sombra, toda sorprendida). ¡Eh! A oscuras... ¡Alberto! (Elevando la voz). ¡Alberto!... Es increíble... (Asomándose á la puerta porque ha entrado y encendiendo la luz). ¡Amparo!

AMPARO (desde dentro).—¡Voy!... (Pausa).

ESCENA II

MARÍA y AMPARO la deforme, que aparece renqueando.

MARÍA.—Mira, mujer... Por habernos entretenido... ¡No se le puede abandonar!... Me he asomado dos veces y estaba con un amigo sospechoso... de los de en-

tonces... Aquel que iba con él á la kermessa... ¡Es incorregible!... Ha dejado la tienda sola, sin avisarme.

AMPARO.—¡Es increíble! Han podido robarlo todo...

MARÍA.—¡Es increíble! ¡Cómo si pusiera en las puertas *cerrada por defunción!*... El escaparate sin encender... Todo abandonado. (Se acerca á encenderlo).

AMPARO.—Siempre desidioso... No se entera de que tenemos que prosperar... ¡Parece tonto!

MARÍA.—Le sermonée ya esta tarde... ¡No tiene voluntad!

AMPARO.—Es un holgazán... Si yo estuviera en tu sitio más activo iba á ser... En una casa alguien ha de saber ponerse los pantalones... Sino ya ves tu lo que sucede.

MARÍA.—Anda, tu sigue friendo que yo le esperaré...

AMPARO.—Regáñale... Si no cumple esos encargos según tus cuentas no podrás comprarte el abrigo... ni yo la nutria.

MARÍA.—Y que no quiero un abrigo como el del año pasado... Todos los días olla, amarga el caldo... Hay que salir de esto. Una no está sólo para abrigarse, sino para lucir el abrigo. Si no mejor me hubiera ido siendo cualquier cosa.

AMPARO.—Tu lo has dicho. (Vase).

ESCENA III

MARÍA

(Observando en silencio el taller, va al cajón de la mesa para cerciorarse de que está el dinero, que suena al recontarlo. Al acercarse á la puerta ve que el timbre está desmontado y lo arregla). ¡Había tomado todas las precauciones para que robaran con tranquilidad!... ¡Se necesita!... (Mirando la obra comenzada). ¡Sin tocar!... ¡Está como estaba... ¡Y son cuarenta

PROMETEO

duros! (Larga pausa, durante la que le espera sentada en un rincón).

ESCENA IV

(Se abre la puerta y aparece Alberto desencajado, livido, el sombrero echado atrás y las manos en los bolsillos de la americana, con el gesto evidente y lamentable del fracaso. Parece un náufrago).

MARÍA.—¿Dónde has estado todo este tiempo?

ALBERTO.—Negociando.

MARÍA.—Mentira... Ha sido ese amiguito... Pero parece que vienes malo... ¡Qué mala cara traes! ¡Sería una triste gracia! Estaría bueno que ahora, con los encargos que tienes, cayéras en cama.

ALBERTO.—No te preocupes mujer... Los cumpliré todos con entusiasmo... Hay que repoblar la vida de Santos y yo la repoblaré... Es la gran misión que me incumbe y de que estoy orgulloso.

MARÍA.—¿Por qué hablas así esta noche? ¡Qué es lo que te sucede!... Pareces desolado...

ALBERTO.—No. ¿Por qué? ¿No vamos bien?

MARÍA.—Sí. Y por eso me extraña, debías estar contento... (Entre reconviniéndole y jaleándole). ¡Si tú no olvidaras que el tiempo es oro!

ALBERTO.—No lo olvido, mujer... Mira, con el oro del tiempo haré tu lanzadera... ¡Así que no es una cosa poco agradable colocar á la esposa en el dedo de corazón, una lanzadera de oro y brillantes!...

MARÍA.—¿Podríamos sacar tantas cosas del tiempo si tu no lo despilfarraras en balde!... Mira, Don Paco el de los relojes, ha hecho una fortuna, y este... es mejor negocio... Ya ves han tomado una casa en el Escorial para los veranos... ¡Trabajarás esta noche!

ALBERTO.—Trabajaré hasta el amanecer... Entonces cuando ya me venza el trabajo, me iré á acostar.

«Ya he alcanzado tu gabán y tu lanzadera»—te dire si despiertas.

MARÍA.—(Secamente). Trabaja... pero no me despiertes. Me desvelo.

ALBERTO.—(Deshecho). Cierra. Ya es tarde.

MARÍA.—(Comenzando á cerrar). Acabo de encender... Pero, está bien. Así se ahorra... Después de todo, á esta hora nunca vienen encargos... Los señores ya están recogidos...

ALBERTO.—Prepárame el café... No tengo ganas de cenar. (Pausa. María apaga todo, menos la luz que cae sobre el rincón de trabajo, una luz opaca y empañada. Se escucha el ruido de la hojadelata al desdoblarse sobre el escaparate).

MARÍA.—Esta no la echo, después tengo que bajar á por el *Heraldo* para ver la lista.

ALBERTO.—No hay necesidad. Yo te lo subiré. Da una vuelta á la llave...

MARÍA.—Ahora á trabajar... (Vase).

ESCENA V

ALBERTO solo.

(Desvencijado sobre el cajón de embalar, se va diciendo con toda desventura y toda incoherencia). Después de él, ella... Todos lo mismo... La utopía no se puede hacer utópicamente... (Con alucinación). ¡El dinero!... Ella no podía ayudarme tampoco... Me olvidé del pasado al huir y he vuelto á tropezar con él, por pasar por el mismo sitio de antes... ¡Consejos!... ¡Cuánto sentido común tienen las gentes!... Yo soy el culpable... He hecho inaccesible el ideal... Ellos se lo saben poner al alcance de la mano y les sacia... Soy el culpable, (con ira) pero no sé convencerme... (Pausa). No quiero seguir achicado... (Vomita en cuatro arcadas

PROMETEO

intermitentes estas cuatro palabras)... acoquinado... contrito... *pillado*... en este remanso... No quiero ser el portamonedas de mi mujer... (Pausa). Pero mi calma está junto á mí... soy dueño de una llave falsa... sin obstáculos... Sé la puerta de escape y me iré al descampado... (Con una efusión macabra). Un descampado... Un descampado... (Pausa). Y volveré á alentar... (Pausa. Fuera se escucha los vendedores del *Heraldo*... y parece que entra la serenidad y el burguesismo de lo de fuera á disuadir de su sentimentalismo y de sus exabruptos á Alberto. «Vivamos en el aduar conforme á él», dice el arabismo, el sedentarismo, la pusilanimidad y la temperancia aplacada y ramplona de lo de fuera). ¡La noche de todas las noches! (Un chicuelo pasa rascando, punteando como un salterio el metal rizado del escapareto, Estrépito inaudito). ¡Si yo pudiera tener esa inconsciencia!... (Un ciego toca en la guitarra el couplet de moda, nueva coacción de la frivolidad sobre Alberto; pero Alberto, temiendo secretamente en su instinto contagiarse, se levanta, da una limosna al ciego y le despacha). Son las nueve de la noche... Están ya las tiendas cerradas...

EL CIEGO.—(Con una voz ciega). ¡Pero y las tabernas, señor?... Es donde dan más limosnas. ¡Y los cafés, señor?... Hay mucha gente en los cafés, señor, y siempre hay alguien que se levanta... Buscándolos, á veces me equivoco... Soy ciego, señor, y no tengo lazarillo...

ALBERTO.—(Orientándole). Por aquí en la esquina hay un café... Adiós...

EL CIEGO.—Adiós y Dios se lo pague...

(Vuelve á cerrar y al hundirse de nuevo dice un poco iracundo): ¡Todo es cristiano!... (Suenan en la puerta unos golpecitos).

ALBERTO.—¿Quién?

ESTRELLA.—Soy yo, Alberto... Eres muy resabiado... muy desigual... ¡Sigues furioso!... Ponte en ra-

zón... Abreme... No tenías tu capital encima... Abre hombre: lo desenterraremos juntos... Nadie está obligado á vivir como un avaricioso con su capital cosido al forro del chaleco... Abre. (Golpea nerviosamente. Alberto se va sigiloso por la puerta de la izquierda, la que da al cuarto cegado, que hace de almacén. Cierro. La escena, se debilita, se efusiona al son lene y dulce de esa voz de mujer que habla sola, *escuchándose*). Nos volveremos á marchar... Anda Alberto... No seas pesado... La *Utopía*, tu Utopía te llama... Tu no la abandonarás... ¡Tampoco haces caso á la Utopía!... Te llevará al país que sueñas, á ese mundo que deseas... más perfecto... más dichoso... menos... (En la paz del momento, extremosamente arbitrario suena un tiro, que no se puede creer en el primer instante).

(Estrella grita desde fuera y golpea la puerta, histéricamente. Casi paralelos se escuchan otros gritos en las habitaciones de la derecha. Todo se turba, se confunde. María aparece asustada y junto á ella, su hermana la fea).

AMPARO.—¡Un tiro!

MARÍA.—En la calle.

ESTRELLA.—(Desde fuera, haciendo por abrir la puerta). ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Abran! ¡Socorro!

AMPARO.—(Silenciosamente). No abras, podría ser el criminal... Lo arrollarían todo...

MARÍA.—Ha debido ser junto á la puerta... ¡Será horroroso!

ESTRELLA.—(Unida su voz á la de una muchedumbre indignada que golpea la puerta). ¡Aquí ha sido!... ¡Aquí adentro!... ¡Una tienda de Santos!... ¡Abran!

UNA VOZ.—¡Un asesinato!...

(María abre instantáneamente, y al ver á Estrella entrar corriendo por la puerta de la izquierda, comprendiéndolo todo de proviso, al olor de la pólvora

PROMETEO

por la puerta entreabierta grita espantada): ¡¡Alberto!!

ESTRELLA.—(Desde dentro). ¡Se ha matado! (Se oye sollozar dentro, envallada la puerta que da al drama, por la muchedumbre que se aglomera y se empina por ver).

TRANSEUNTE 1.º.—Un crimen por lo visto.

TRANSEUNTE 2.º.—Por lo visto no, que yo no he podido ver nada...

TRANSEUNTE 1.º.—Dicen que vivía con dos mujeres... Un crimen pasional.

UN GOLFO.—(Aparte, mirando con descaro por debajo de la túnica morada á un Cristo). ¡Perdóna, Jesús!

DOS PILLETES.—(Aparte uno á otro haciéndose un gesto de rapiña).

—¿No hay nada?

—Todo es *enmuele*... porque cualquiera carga con un pelma de estos.

—Husmea.

UNA COMADRE.—Ha sido por celos.

OTRA.—¡El gran tunante!

OTRA.—Iban mal de cuartos. Este es mal negocio.

(Uno que sale del cuarto de la sangre remolinándolos á todos á su alrededor, contesta á sus preguntas):

—Se ha suicidado... (Un vendedor de periódicos á otro, esquivándose del grupo sin dejar de doblar una mano de *Heraldos*...)

—¡Qué lástima que no haya sido crimen! ¡Mañana la venta!...

EL OTRO.—No seas bárbaro...

(Aterida, espeluznada la muchedumbre por el éxodo, musita silenciosamente sus comadrerías).

TELÓN

FIN DEL DRAMA

La Escalera de Oro.

POR RICARDO BAEZA

Para María Arminda
escribió el autor estas prosas.

In memory of Sir Edward Burne-Jones.



s la princesa de los caminos.

Un aro de granates ciñe el dolor de sus
sienes.

La cabeza descansa en el respaldar del sillón, y los
borcegues asoman, bajo la opulencia del manto ducal,
sobre los peldaños de jade.

La mano, cubierta de pedrería, destella al jugar
con los bucles rubios de un pajeillo apoyado en sus
rodillas.

En la penumbra de la cámara brillan las cotas
guerreras de caudillos y paladines que hablan de con-
quista y de torneos.

En los rincones discretean damas y galanes que ha-
blan de amor.

Puntean las tiorbas y mandolinas.

Algún vato, recita en voz queda, madrigales ó de-
clama altisonante una epopeya.

Conversa el monarca con su orfebre.

PROMETEO

Y por la ventana abierta contempla la princesa el horizonte.

Somborean las pestañas el ópalo de sus pupilas, dos ópalos apagados, grises, anchos...

Una caravana de zingaros cruza la lejanía polvorienta.

Caminan los hombres astrosos, caminan los osos que bailan y los monos que hacen muecas. tras el vaivén de un carromato.

De una mano infantil cuelga un pandero.

Y recuerda su vida bohemia y desamparada, el flaquear de sus piernecitas en las jornadas interminables.

Y atraviesa sus ojos un espejismo de desaliento y compasión.

Son sus ojos como dos nubecillas de polvo concretado, como dos encrucijadas de caminos.

Por aquellos caminos estelaron las sandalias peregrinas.

Caminos de la vida errante, de la vida de expiación y sufrimiento...

Marchó la caravana.

Músicas, estrofas.

Por el calado ventanal persigue su mirada el esfumarse de una nubecilla de polvo que empaña el cielo...

*
* *

Cuando la canícula se enseñoorea de los campos y los trigos yacen yermos y agostados los maizales acuden los aldeanos en piadosa rogativa hasta tus puertas.

¡Princesa de las lluvias, princesita del agua, princesita!

El sol quoma, apenas susurra el viento entre los

zarzales, y bajo el plomear del cielo apenas el vuelo de alguna torcaz.

Y tu te asomas á tu balcón, princesa, y entre las gemmas de tu tocado, los oros de tu atavío, tus labios son rojos y finos y sonríen.

Y tus dedos sutiles, cuajados de topacios, se levantan aleutando y bendicen la campiña.

Y bajo la caniza de tus cabellos, el alabastro de tu frente, son dos gotas de agua tus pupilas.

Y la consolación de su frescura es rocío bienhechor para la tierra.

Por el fondo de tus ojos se deslizan cantantes dos arroyuelos.

Y hay también en ellos el dormir silente de los lagos el menudo repicar de la llovizna.

Y nubes, y algún copo de nieve.

Toda el agua fecunda, el agua fértil, circula por tus ojos, princesa.

Y son principio de vida, manantial de fuerzas.

Y bajo el peso hierático de los brocados, siguen bendiciendo tus dedos y tus labios y tus ojos sonriendo, propiciatorios.

¡Princesa de las lluvias, princesita del agua, princesita!

Una ráfaga de humedad parece atravesar los campos.

Alégranse los trigales y reviven los malees.

En el horizonte oscila la neblina y en rápidos segos vuelan las golondrinas al rás de los sembrados.

Una oración de paz sube del polvo del camino.

Únense las manos, devotas.

Los ojos inmensos, anegados, continúan perdidos en el infinito.

¡Princesa de las lluvias, princesita del agua, princesita!

*
* *

PROMETEO

Son cuatro hermanas, cuatro hijas de rey.
De un rey que no tiene nombre, de una comarca
desconocida.

La mayor es alta y cenecía.
Las joyas y sederías abruman su cuerpo delicado.
Los cabellos desaparecen bajo la tiara que los gemma.
Sus labios marchitos no hablan jamás; y los dedos
dísanos permanecen inertes sobre las rodillas.
Sus pies nunca se han movido del escabel en que re-
posan, ni su cabeza se ha doblado reflexiva sobre el
pecho.

Desde el sitial prócer, junto á las vidrieras, sus ojos
contemplan el desfilar eterno de las nubes.

De las nubes que tiñe la aurora de grana y oro; que
el zenit purifica en blancos copones.

De las nubes que empurpura y tornasola el ocaso;
que en las noches de novilunio flotan como girones de
hollín y en las noches de luna llena como girones de
huata.

Contemplan sus ojos el desfilar eterno de las nubes,
majestuosas en días de bonanza, turbulentas en días
de huracán.

Tiene su mirada, mirada que nunca se ha cerrado,
la transparencia incolora del diamante, de un diamante
que irisara el matiz contradictorio.

La segunda es pequeña y enfermiza.
Y tampoco habló jamás.
Y no vió nunca.
Caídos yacen sus párpados sobre la pupila muerta.
La cabeza se reclina en un hombro, agobiada por
la áurea esplendor de enorme cabellera.
Su frente ambarina es dulce y serena.
Retirada en su estancia, emplea las horas en pasar
amorosa por sus cabellos el peine de unicornio.

Al dar las doce se levanta y sale á la terraza.

Recostada en el balaustre hace cascader sobre el
pórtido la magia de sus cabellos.

Resplandece el sol en su apogeo.

Hácese la claridad más intensa.

Es el Milagro de la Luz.

Una ráfaga de oro envuelve la cabellera, la hace flamar.

Surgen chorros de fuego.

Cada cabello es un haz de rayos, que se estira, se
retuerce, corre, salta, se rompe en mil facetas, salpica
cuanto toca, magnifica el cuerpo frágil, para volver á
reunirse en venero de luz inmarcesible, en canto supremo
de armonía...

La Tercera pasea por los jardines.

Su brazo desnudo acaricia las magnolias, blanco y
fragante como ellas.

Y sus pies se detienen al borde de los estanques para
admirar las aroideas.

Entre los dos senos, albos y duros, se deshoja, un
ramo de orquídeas y crisantemos.

Sobre las sienes despliegan su corola vinosa dos
alteas.

En el talle se cierra lentamente una pasionaria y el
ritmo de las mimosas enguinalda el peinado oscuro.

Por encima de los evónimos simétricos y los bajos
recortados erigen su altivez los girasoles, gladiolos y
clemátidos, y entre el musgo de los invernaderos florecen
cuidadosas las camelias, gardenias, alguna rosa de
Alejandria.

Y casi oculta bajo los heliotropos y mejoranas la
modestia de violetas y margaritas.

Sus ojos son morados, morados como dos amatistas,
y azules, azules como dos myosotis: joyas de prelado,
flores de cortesana.

PROMETEO

Entre los labios, rojos como una dalia cuando es roja,
ríen húmedos los dientes mordisqueando gozosos
un tallo de talictro.

La Menor es alegre, menuda, retozona.

No ha cumplido los quince todavía.

Gusta del juego y de merodear por el huerto.

Sus piernas musculosas y ejercitadas saben trepar
por las rugosidades de los troncos, y encaramada en el
follaje de la copa desprende los frutos jugosos que
come avidamente.

Hay en su boca un reír de grosellas, y la pulpa
madura de las brevas escurre por las comisuras.

Sus dedos han colocado en sus orejas, pequeñas y
rosadas, el bailar de unas guindas que sirven de arracadas,
y tejido alrededor del cuello y las muñecas brazaletes
y collares con la flor del almendro.

Saben sus uñas despojar prestamente de la piel
albércigos y ananas, y constantemente tienen sus
manos que enjugarse en las fontanas y secarse en las
hojas de la higuera.

Colgada de una rama hace llover sobre el césped
granadas y melocotones.

Saben también sus dientes, parvos y fuertes el desgranar
de un racimo de moscatel.

Durante las horas de calor sestean en lo alto de un
nogal, y las abejas zumban pacíficas sobre sus labios
entreabiertos...

Son cuatro hermanas, cuatro hijas de rey.

De un rey que no tiene nombre de una comarca desconocida.

*
* *

Sus manos han guardado la blancura hogareña del
trigo candeal.

Sobre sus cabellos lisos únicamente la batista de la cofia y el calado de la puntilla.

El tallo, redondo y fino, encerrado en el justillo de terciopelo.

Un manojo de llaves, que abren roperos y alhacenas, prendido en la cintura.

Y sobre el gorguero plegado el oro de una crucecita.

Sus ojos no son muy grandes, de un color discreto de avellana, transparentes y plácidos.

Su boca es roja, de un carmín fuerte de mosto.

Al sonreír brillan los dientes, lozanos.

Su vida es recogida, modesta, familiar.

Se levanta al amanecer, y todavía con la pesadez de la madrugada en los párpados riega las adelfas y rosales de su ventana, mientras en el lecho ronca aún el esposo.

Todo el día se oye el trajinar asendercado de sus zapatitos por el caserón: del huerto á la cocina, al cuarto de labor.

Sus dedos expertos manejan la aguja repasando el lienzo, que luego han de almacenar en los armarios que aroma el espliego.

O ayudada por sus doncellas, se ocupa en la confec-
ción de dulcos y compotas.

O bien limpia cuidadosa la vajilla de ceremonia, la cristalería labrada, las viejas porcelanas de familia, los cubiertos de cincelada plata, las blondas que vienen de la abuela.

Al atardecer da una vuelta por los plantíos, asóma-
se al lagar, visita los eriales, contempla el regreso del ganado y los gañanes á la alquería.

Y alhaga su oído el campanear ténue de las esquilas, y saluda risueña al perro del pastor que impide el des-
viarse de la res.

Baja entonces á los establos y sus dedos, que solo
enjoya el anillo de esponsales, exprimen la ubre fecun-
da de las vacas que rumian.

PROMETEO

Y resbala la leche por sus dedos, tan blancos y tan puros como la leche.

Después de la cena, en un momento de solaz, hojea, á la luz de un velón de cuatro mechas, el pergamino de un viejo códice miniado.

Y su espíritu atento se recrea, fervoroso y milagroso, en la vida redentora de Jesús.

Y sus ojos cándidos largamente admiran la policromía de las estampas.

Admiran la gallardía de Cristo niño predicando á los Doctores, y la belleza imberbe de Juan Evangelista, y la barba venerable de José el Elegido...

Abominan de la doblez de un Iscariote, de la cobardía de Pilatos de escribas y fariseos...

Y compadeceen absortos la agonía del Crucificado en el Gólgota, y el dolor acerbo y el llorar desesperado de tres mujeres por tierra: María madre de Dios, Verónica, María de Magdala...

Más tarde, durante algunas horas, hilan sus manos el vellón del cordero, hace girar el pié la devanadera.

Y al consumirse una mecha chisporrotea el aceite. Suena el cuco la hora.

Tiene sueño.

Ya en su alcoba se desnuda, y arrodillada sobre el lecho, corre el tul del mosquitero y se desliza estremecida bajo la frialdad húmeda de las sábanas.

Duerme.

*
* *

Quizás se llama Sor Gúdula, ó Sor Edavigis, ó Sor Ursula, ó Sor Beatriz.

Los cabellos, ocultos por la toca, quizás son rubios, quizás son negros, quizás grisean.

La tez marfileña y tersa no marca edad alguna.

Quizás desde niña fué consagrada á regir comuni-

dados, y fué su entrada en el convento disposición paterna y soberana.

Quizás al albor de la vida encontró su alma vacía. ¡O quién sabe! tal vez es una dama entrada en años que contingencias políticas ó desgracias de familia obligaron á colocar bajo la diadema el velo que consagra á Cristo.

Puede tener veinte años, puede tener cuarenta.

Sobre la oscuridad del hábito se dibujan blandamente las dos manos, en cruz como un paño de reposorio, cereas.

Manos que han preparado el manjar eucarístico y lavado los lienzos del sagrario.

Son dos lirios místicos, dos flores de pureza, dos copas de candor, dos hostias inmaculadas.

En las horas de plegaria repasan las cuentas pulidas de un rosario que el Sumo Pontífice bendijo y que tocó el sepulcro de Jerusalén.

En las horas de asueto corretean por el teclado del órgano, que gime y canta en las sombras del oratorio.

Y después vuelven á unirse, piadosas, sobre la Virgen del escapulario.

Los pies, calzados de estameña, arrastran silenciosos por el pavimento enlosetado.

Sus ojos, color de monasterio, son como dos lucecitas de capilla ó dos gemmas de custodia.

En las festividades solemnes revisten sus hombros la estola abacial y rígida en su cátedra de ébano, bajo la aureola de la mitra, acompañan sus labios la liturgia.

Labios exangües, herméticos, depositarios del secreto claustral.

Sube hacia las bóvedas el aroma del incienso, la mirra, el estoraque.

Entonan los niños de coro el cántico sagrado.

Levanta el oficiante el cáliz.

Inclinanso las tocas, reverentes.

PROMETEO

Y adormécese su corazón como un jardín cerrado...

En su celda, blanca y austera, tiene un lecho incómodo y sencillo, un reclinatorio, una pila de agua bendita y un crucifijo: tendidos los brazos, sangriento el costado y la frente y los pies y las manos.

Al caer de la tarde sale al jardín, y coge nardos que aspira lentamente.

O asomada á la azotea contempla el mar: azul, inmenso, el batir de las olas en los breñales, el cruzar de algún velero camino de países lejanos, muy lejanos.

Contempla el cielo: azul, inmenso, las nubes camino del infinito, el volar de alguna gaviota, de algún alca-traz, camino de su nido en el picacho.

O bien, tras la colosta, recorren sus ojos la campiña, el madurar de las siembras, el cimbrearse de los trigos y centenos.

Y se detienen en la junta de bueyes tardos y en el asno macilento.

Y siguen, por el ondear de la carretera, á la campesina con el hato enorme de sarmientos, y al vaquerillo conduciendo el ganado, y á la pareja que platica amorosa y enlaza los talles.

Detiénese la mirada casualmente en la sortija de priora que orna su índice: una turquesa.

Y quizás piense entonces que ese cielo, que parece presagiar el azul inalterable, no existe entre los muros del convento.

Y quizás piense que mintió la turquesa.

Suena la campana llamando al Refectorio.

Y las pestañas se duermen sobre el Libro de Horas...

* *

Chocar de escudos, silbar de dardos.

Los penachos ondean furiosos: plumas de pavo-real, plumas de ibis, plumas de garza...

La trompa repercute el alarido de monte en monte,
de valle en valle.

El ocaso ensangrienta la fulgidez de las armas y
hace espejear la sangre.

Retiembla el campo al galopar de los corceles y so-
bre la tierra hay quebrarse de cuerpos y metales.

Las saetas cimbrean el junco al clavar-se y las
hachas de combate hunden cráneos, van hacinando
miembros.

Restallan las hondas.

Una catapulta despeña rocas enormes que aplastan
al caer filas enteras...

Sigue el poniente empurpurando de tragedia el ho-
rizonte.

Más alto que las nubes acechan las alas tendidas de
un condor.

Hay un último oleaje de refriega.

Las legiones enemigas ensayan un último esfuerzo...

Estalla la fanfarria guerrera, el cantar épico de las
grandes victorias, la marcha triunfal.

Rígida, cubierta de broncea armadura, avanza so-
bre el blanco elefante patriarca.

Entre las manos, que acoraza el guantelete, brilla
enhiesto el acero.

El flamear de un dragón casaca su frente.

Desde el rayar del álba arrastra el prestigio de su
figura por los campos de batalla.

Por donde pasa su trono de marfil brota la carne
muerta.

Ya no es blanco el elefante ni argentada la gual-
drapa.

Sobre el bermellón de tanta sangre sólo luce la ar-
madura y la espada en que el sol se ha reflejado.

PROMETEO

Desde el alba recorro la campiña el enigma de su perfil inmóvil.

Sólo en el momento zenital su brazo se ha extendido hacia Occidente, invocador, y han surgido de sus labios de hierro palabras heroicas domando. Un raudal de fuego ha animado la tormenta de sus cabellos.

En la palidez de su mirada incolora despierta la esfinge de la diosa Khali: la divinidad de cruentas inmolaciones, de prodigiosos holocaustos...

Ha cesado la lucha.

Retíranse destrozadas las huestes contrarias.

Desciende sobre la llanura el velo pacificador del crepúsculo.

Callaron los ruidos...

De la lejanía acude el chillar de los grajos.

Ciérnense en rápidos revuelos los vampiros.

Va cayendo lentamente la oscuridad.

Baja entonces la reina de su torre y comienzan sus pies la avenida del consuelo.

Aponas posanse sobre el polvo y, ágiles, saben evitar immaculados las charcas rojas y las malezas tullidas.

Los dedos se han despojado del guante y la frescura de su contacto rocia caritativamente las frentes que no alientan, las heridas que sufren y claman el dolor.

Bajo el alivio de su caricia calmanse los quejidos y disminuye la fiebre.

Apaciguanse las muecas cadavéricas y el estorotor del agonizante.

Deja de manar la sangre.

Una luz suave, incolora, parece ungir las frentes, sacramentar los labios, purificar las almas preparando al bien morir, absolver todas las culpas, todos los crímenes, promoliendo el Gran Río de Paz.

En supremo acto de redención tiéndense los brazos sobre tanta hecatombe hacia los cuatro puntos cardinales.

La noche ha cerrado.

Enciéndense algunas teas.

Retírase la reina á su tienda de campaña.

Reclinada en un montón de tapices desgarran sus uñas los lienzos, que convierten en hilas.

Y luego, en sabias combinaciones, siguen preparando sus manos la maravilla de bálsamos, urgüentos, pomadas, elixires: electuarios que más tarde han de sanar las dolencias horribles y mortales, que han de cicatrizar las cuchilladas y preservar de la peste, la calentura, la lepra.

Amontónanse á su alrededor las drogas y redomas...

Ha salido, y, á la puerta de la tienda, ha esperado. En grupos pequeños van llegando.

Pronto todo el ejército se ha congregado á sus plantas.

Y resuena el himno de adoración.

Elévase la luna sobre el Ganges, opaca, lactescente.

Y sus ojos se levantan hasta la luna y se sumergen en ella.

Y, al posarse de nuevo sobre el llano, parecen titubear sobre los cadáveres los vagos temblores de claridades muy lejanas...

*
* *

En el rincón más sombrío del parque, lindante con la selva, alza sus piedras musgosas el torreón millenario.

Un puente medio derruido lo separa del resto del castillo.

PROMETEO

Al pie crecen libremente las zarzas y las ortigas y á su sombra medran los mirtos y cipreses.

Jamás ninguna brisa ha agitado sus frondas.

El viento párase al llegar al torreón para emprender de nuevo más allá sus correrías.

En el foso estáncense el agua formando charcas y barrizales: charcas negras que nada reflejan, barrizales que parecen mezclados con sangre coagulada.

En la almena más alta anida un buho.

Un buho viejísimo, tuerto, y que al llegar la tarde silba extrañamente y apenas puede ya cazar los cini-tes y abejorros.

Un sapó, arrugado y viscoso, mira el grisear del cielo.

Una puerta, desquiciada y horrumbrosa, da acceso al interior.

En la sala, pequeña y fría, bajo el gotear de las bóvedas, hay un trono que recubren deslucidos brocateles.

En el trono hay una anciana.

Uniforme paño negro envuelve hasta los pies su cuerpo ético.

Sus cabellos son blancos, enteramente blancos, de un blanco sucio de plata sucia.

En las cuencas de sus ojos flota la convexidad de dos pupilas, blancas y opacas, como dos perlas en cuya superficie todo muere.

La nariz se arquea sobre unos labios secos, sabedores del secreto de lo Inmutable.

Las mejillas, apergaminadas, cuelgan flácidas de los pómulos y las manos, esquelóticas, se alargan sobre las rodillas inmóviles.

Es la Abuela, la Abuela Emperatriz.

En años muy remotos debió reinar como dueña omnipotente, como única soberana.

Más tarde, usurpaciones brutales la despojaron del

cebro y la recluyeron en el más apartado terreón, en donde mora.

Y allí permaneco, extática, aguardando un enigma que nunca, nunca ha de llegar.

Han pasado los siglos: siglos de paz, siglos de barbario.

Pero la clepsidra no marca ya la hora.

Han pasado generaciones y generaciones. reinados y dinastías.

Sus manos han permanecido quietas sobre su regazo y sus ojos han seguido buscando la Quimera del Imposible...

Pero á veces hay duelo en el Palacio.

Algún príncipe, ó alguna infanta, muere.

Ensombrécese el rostro de los palaciegos.

Reúnense los facultativos.

Plañen deudos y parientes.

Y la Campana Mayor anuncia á los cuatro vientos la agonía de una sangre azul.

Sólo entonces sus pies se levantan del estrado, descienden la escalinata ruinosa, atraviesan corredores y antesalas.

Y callados se detienen en el umbral de la cámara mortuoria.

Apáganse los rumores á su llegada y la multitud se aparta temblorosa.

Bajo los encajes del techo empalidecen unos labios y una frente.

Avanza la Abuela, y sus dedos nudosos extraen la queja postrera, el último suspiro de la boca moribunda.

Después se pasean, leves, por la frente, desarrugando el ceño, y hacen caer, sobre el iris vidrioso, los párpados.

La campana continúa redoblando, ferviente y apenada.

PROMETEO

Comienza el oficio de Difuntos...

Vuelven sus pies á cruzar antesalas y corredores, á subir la escalinata, y otra vez se movilizan sobre el trono de brocatel deslucido.

Pasan los años, los siglos.

Pasan.

Y sus ojos persiguen la visión de un ensueño que nunca acaban...

*
* *

Tus pies lascivos de satiresa han danzado sobre todas las podredumbres...

Las podredumbres de todos los tiempos: por que tus pies son eternos, como tu rostro, como tu cuerpo todo.

Tu carne se ha formado con las purulencias de las carnes muertas.

En el fondo de tus ojos hay un verdear de carroñas, la fosforescencia de todas las corrupciones, de todas las vidas vermiculares.

Tus cabellos semejan la descomposición de las algas y están tejidos con cieno.

Tu boca es encarnada.

Dírfanse tus labios los labios de una herida.

Y en tus dientes azulosos un pudrirse de risas.

Las risas que presiden los grandes ritos de renovación.

Tus caderas ondulantes evocan la lujuria de las Misas Negras.

Y entre tus senos, lívidos y espléndidos fermenta la sensualidad homicida de Salomé.

El encanto fecundo de tus dedos hace brotar las palmígenesias infinitas.

Tú eres el huda de la Muerte en lo que tiene de más sagrado: la Corrupción.

Tú eres la bacante de la Vida en lo único que tiene
de fuerte: las Resurrecciones.

Hay en tí todas las debilidades y todas las fuerzas.

Tú eres la Sintesis habiendo sido el Análisis.

Tú eres la Paradoja.

Tú eres el Símbolo eterno de todo lo creado.

Tus pies lascivos de satiresra han danzado sobre
todas las podredumbres...

TEΛOE

Tanger.



Museo de Beguinas.

POR JORGE RODENBACH

SUS RECINTOS

 OS conventos se despiertan en el umbral del alba, madrugadores, emergiendo de la bruma del Norte que se disuelve, se evapora en pálido incienso. Blancos y rosados, se angelizan, dentro de las villas de la Flandes caduca. Cada uno de ellos forma un barrio autónomo, en los límites del distrito, donde las casas se desbandan, donde los canales se aíslan entre taludes, desnudos de todo reflejo...

¡Caserío de la Edad Media! ¡Jardín de vírgenes! Recinto gótico que se diría superviviente á Memling ó á Quentin Metsys, con sus techos de tejas marchitas, color de las velas viejas, sus fachadas en forma de mitras, sus prados rectilíneos y ese cielo flamenco, por encima, que tiene siempre el aspecto de un cielo de cuadro.

¡Ah, que lejos se siente uno de todo, y lejos de sí mismo! Un carnero paca en la hierba del terraplén. ¿No es el Cordero pascual? Una cónia de beguina aparece tras los cristales espejeantes de un pequeño convento, de ventana en ventana... ¿No son alas de lienzo

camino del cielo? ¡Y el humo ondulante que se eleva de las moradas plácidas? Se adivina un texto entrevisto: inscripción fugaz, azul que reza, banderola que canta, como esos filácteros, en los trípticos, sobre los labios de los santos y de las santas.

¡Y que tranquilidad, sin pliegue, unida!... Sólo rumores débiles, casi á ras del silencio. Sólo algunas campanas intermitentes, algunas campanas que se deshilachan, lo necesario no más para suscitar la impresión de que es domingo. Porque la campana es la voz del domingo. Ella es la que da aire dominical al aire cotidiano.

¡Divina quietud de los Beaterios! Maravillosa sencillez de los Beguinas, almitas ligias del buen Dios, flores que son apenas mujeres, lirios plegados en cofias, lirios que no hilan, ¡oh vosotras, mis hermanas, las hermanas que yo elegí! ¡Ah, decirles: Hermana! ¡Ah, poder entrar en ellas y que mi sueño se mezcle á sus almas, y vivir en ellas como otro angel de la guarda!

NATURALEZA MUERTA

SUS TOCAS

Lo que constituye el encanto indefinible de las Beguinas, entre todas las religiosas, es quizás la disposición especial y más modesta de sus tocas. En otras órdenes, las tocas son enfáticas, despliegan un gran vuelo. En las Beguinas, son aves de silencio, de breve aleteo, de tranquila envergadura. Plácidas se contentan con incubar los cabellos cautivos.

¡Sobrias tocas, rectilíneas, extendiéndose hasta los confines del cuello! ¡Cómo haran las primitivas Beguinas para, con tal destreza, calcular la distancia, los

PROMETEO

pliegues, disponer infaliblemente la tela, tan almidonada que es preciso no equivocarse y crisparla en dobleces que no sean definitivos.—só pena de tener que sacrificar esta tela, demasiado arrugada á consecuencias? Pero sus dedos son expertos y seguramente colocan, á lo largo, las estaciones de los alfileres. Hasta el punto de que terminadas las cofias, parecen no ser ya un simple cuadrado de lienzo andamiado y que inmediatamente se podría nivelar; diríase que esta forma les es inherente, esencial. Diríase que han nacido así.

¡Oh la linda silueta que estas tocas dibujan en los conventos, con su oscilación infinitesimal, de derecha á izquierda, lo suficiente para dar á su marcha con movimiento de balanceo!

¡Y la buena influencia sobre todo que ejercen por su blancura contagiosa! Esta blancura usurpa. El mismo rostro de las Beguinas se resiente, se cura de ser sanguíneo, palidece. Se apareja á las tocas que no son más que su prolongamiento; como la luna confundida con los liezos de su halo.

¡Y la buena influencia también de las tocas sobre sus almas! Decoloran los ruidos vanos del mundo, interponiéndose en los oídos, cuya percepción se nubla, estrictamente adherentes, herméticas, broches de virginidad. Las Beguinas, así encerradas, apenas oyen la vida. Escuchan sólo el leve temblor, como de un aliento, de este pájaro de vuelo plegado que son sus tocas, y cuya blancura las hace soñar á veces que es el Espíritu-Santo, en forma de paloma, que ha bajado sobre todas ellas.

SUS CIRIOS

Las Beguinas aman las bujías, los cirios, toda la bella luminaria de los Oficios.

Lo que les produce la alegría extática de las festividades, son los numerosos cirios en la Iglesia, como geometrías de estrellas. Esto pone un estremeamiento, una comezón suave en sus ojos que la luz talla en facetas.

Durante el mes de María, tienen el hechizo multiplicado de las bujías, gracias á dones incesantes; las bujías que parecen de mármol, y cuya consunción es más lenta.

Además, ¡qué emoción, una vez por año, cuando pueden ver el cirio pascual, ornado de azul y oro, de aspecto tatuado, de apariencia damasquinada, tan fino y tan largo, cuya punta al encenderse se asangrienta de pronto! Diríase lo Lanza abriendo la Herida del costado. Y todo alrededor, en la Iglesia, cirios menores, también sangrando, como las Llagas de los pies y las manos, como la llovizna roja de la frente que laceran las espinas, ¡Gotas divinas en que se abrevan los ojos de las Beguinass!

Así, constantemente suscitan los cirios una idea propiciatoria, expiatoria. Consienten en sufrir. Dios los acepta como rescate de los pecados. Por eso, en todas las Iglesias se erige un ciprés de hierro forjado, Calvario en que sin cesar se cumple la simbólica Pasión de los cirios.

Y por eso, gustan sobre todo las Beguinass de encender estos cirios intercesores. Los hacen arder en la Iglesia del recinto, y luego van también á otros sitios, á veces lejos, á cualquier parroquia apartada, para buscarlos á su gusto. Escogen largamente en las cajas en que esperan su turno de ser mártires. Los hay de todas longitudes, de todos colores: blancos, semejantes á cañas despellejadas y cuya médula se viese al descubierto; lívidos; azulosos, como influenciados por los ojos que sobre ellos se posaron, vacilando en la elección.

PROMETEO

Las Beguinas encuentran en estas piadosas ofrendas un placer infantil, no sin un miedo secreto—que exalta su goce— al ver su cirio inaugurarse con trabajo, arder mal, ofrecer una llama que vegeta, oscila, se inclina horizontalmente, casi á rás del vacío. ¡Pero qué alegría si la llama se rehace, se yergue, se hincha, se redondea en forma de corazón! Alternativas llenas de exquisita angustia, sentido supersticioso de los pequeños cirios indecisos, por el que las Beguinas intentan saber si Dios las ama ese día.

SUS CANTICOS

En la Iglesia, durante los oficios del domingo y días festivos, son las Hermanas de la Comunidad las que ocupan el coro. Aponas saben música, dotadas únicamente de un poco de voz, cantando de instinto y de memoria, como los pequeños sopranos de las catedrales. Hasta la que asume los solos está poco más iniciada: cada una de sus notas duda de sí misma, tiene temblores de gota de agua, vacilaciones de cirio, que se acaba de encender. El himno se desenvuelve al azar, ondula, se cierra, adelgaza, se infla sin causa, siempre irresoluto. Pero es un encanto suplementario esta fragilidad de un canto tan quebradizo como el cristal, y tanto menos audaz cuanto que debe contener, en su transparencia, una lengua desconocida. ¡Oh las argentinas sílabas latinas, los *Gloria* y los *Agnus Dei*, que dulzura de anomalía tienen en estas bocas femeninas, deshojándose como flores cuyo nombre ignoran!

Afortunadamente abundan los unísonos, responsos, cánticos en coro, en que las tímidas chantres pueden coaligarse, sostenerse una á otra. Entoces, en el silen-

cio de la Iglesia, el canto unánime se elabora como un encage, sutil, aéreo, nacido casi del aire, desnudo, como un milagro. Las Hermanitas yuxtaponen sus solfeos ingenuos, combinan los hilos esparcidos de sus voces sobre el terciopelo sombrío del órgano. Todas inoculan su flor en la trama, colaboran en el punto vocal, que nota á nota se modula, hasta que al fin, sobre el terciopelo sombrío del órgano, se transparenta el cántico en blonda total.

La asamblea de las Beguinas, arrodilladas en el reclinatorio, escucha. ¡Música divina! Las roza, las mece, las propaga misteriosos espasmos... ¡Ah, estas voces, tan poco labiales, misteriosamente insexuales; estas voces dulces como huata, frescas como surtidores, insinuantes como el viento en los árboles, prolongadas en las naves como el incienso! ¿Son realmente voces humanas? ¿Son las voces de las Hermanitas del coro las que se oyen? ¡Conciertos demasiado dulces que ya no pertenecen á la tierra!.. Las Beguinas cierran los ojos, resbalan al éxtasis.... Son los ángeles que cantan..... Y la música desciende como una red celeste que pesca sus almas y las arrastra hacia Dios á través de un mar de plata.

SUS FLORES

Las mujeres que no tienen hijos son las que sobre todo aman las flores. Inconsciente manera para ellas de ser algo madres, de interesarse en algo frágil, difícilmente viable.

Las religiosas también sufren la misteriosa ley, la transposición del instinto. Y por esto los conventos de Beguinas están todos floridos. La yerba, en el centro,

PROMETEO

se constela de bellositas—pequeñas corolas, de lienzo, que se diría encañonadas—que le dan el aspecto de la pradera de Juan Van Eyck en la *Adoración del Cordero*.

En todas las ventanas, liestos de geráneos, de hortensias, mezclan sus ramos vivos á la nieve de las cortinas, sin violentar la vista gracias á la fusión del ambiente. ¡Acaso el rojo de los labios de las Primeras Comuniantes no se acuerda con la musolina de su velo!

Pero las preferidas por la Comunidad son las flores menos laicas; más bien de culto y de altar; el lirio, por ejemplo, que San José tomó como cetro, y que la Virgen María ofrece igualmente, como una hostia en flor, como su propia alma en su mano. El lirio es gótico por completo. Se hermana á las Beguinás. Parece una flor también en clausura; es menos una corola que una toca, blanca, litúrgica. Creeríase no poder regarlo más que con agua bendita. Flor sin sexo; flor angélica; y que parece siempre en estado de gracia.

Así la misma vegetación se presta, entre las Beguinás, á místicas alegorías. En los jardincillos meticulosos que preceden cada convento, el boj dócil se recorta en Iniciales de Patronas, en Sagrado Corazón que atraviesa algún puñal de follaje.

Pero en la procesión del Córpus es cuando el amor de las Beguinás por las flores se exalta y se extasia. Aprovechándose abundantemente, compran por manojos, por brazadas; y, desde el alba, se dedican, para multiplicarlas, á demembrarlas, á deshojarlas, pétalo á pétalo, haciendo hilas de flores. Las cestas, así llenas, se vacían en seguida bajo el paso de la procesión que avanza por las callejas del recinto: nieve floral, avalancha pintada, maná multicoloro que las Hermanitas, con embriaguez, sienten revolotear, caer, resurgir del suelo, bordar el aire, besar sus rostros y sus manos, rosear sus tocas, embalsamar su marcha...

Hasta durante el invierno encuentran medio de ilusionarse con artificiales floraciones; porque el cielo cómplice, en estos ríguerosos diciembre y enero del norte, mantiene casi en permanencia sobre sus cristales flores de helada: palma de plata, helechos, margaritas; perfiles de rosas blancas—de que las Beguinas quizás tomaron modelo para sus encajes (ramos de escarcha); ellas que aman las flores hasta el punto de pasar su vida creándolas con hilos.

SUS IMÁGENES

Las Beguinas adoran las imágenes religiosas. Las clavan sobre las paredes de sus celdas; las del obrador también son historiadas; intercalan entre las páginas de sus libros de Horas. Las hay cuyo fondo es de encaje plateado, con aspecto de una tela de araña salpicada de granizo. Las hay coloreadas como casullas y blancas como hostias. Algunas tienen lantejuelas, como canales bajo claridad de estrellas. Otras se complican, se abren en compartimentos, en tabernáculo, se despliegan en corolas de nenúfar.

Las Beguinas se las donan los días de santo, de separación; cambian estos regalos anodinos, que sólo tolera su voto de pobreza; y escriben en ellas ingenuas dedicatorias de amistad, que se desenvuelven en arroyitos de tinta, en meandros de humo bebido por el papel...

Además de las imágenes, las Beguinas aman los cuadros religiosos, como existen en todos los conventos de la Comunidad, procedentes no se sabe donde recibidos en legado, ofrecidos por las familias de los donadores, cedidos por fabricantes, o cuadros mo-

PROMETEO

darnos, sino antiguos, obras anónimas, copias de Van Eyck ó Memling, composiciones religiosas de viejos pintores fervientes, cuyos dedos tocaban á Dios como sacerdotes, y que pintaron como se reza.

Hoy, estos cuadros sirven á las Beguinas para figurarse el cielo.

¡Cómo, sin ellos, se representarían á Dios Padre! Este es para ellas el anciano de barba blanca de los primitivos, como Jesús es el hombre pálido y dulce de cabellos partidos, de barba roja como luz que se riza.

En estos cuadros sacros que decoran los locutorios, los obradores, hay también Anunciaciones, con el ángel Gabriel, de alas arco-iris, Crucificaciones, Natividades. Hay sobre todo Madonas, siempre la misma escena de la divina lactancia, sin que las castas hermanitas experimenten nunca la impresión de la desnudez del seno, que les parece la misma carne que la del rostro del Niño.

Por este medio, las Beguinas conocen á Dios, conocen á Jesús, conocen á la Virgen María, á los santos, á los ángeles; pueden hacerse una idea, pensar en ellos, amarlos como si ya hubiesen vivido á su lado, como si sólo los separase la ausencia, el destierro, tras el cual los volverían á encontrar en la Eternidad, algo cambiados únicamente. ¡Dulce milagro de un arte piadoso, en que el cielo se humaniza! ¡Anticipo de herencia sobre el cielo!

Además de estos cuadros de devoción, los conventos importantes, sobre todo la casa-superiora, poseen también viejos retratos, retratos de antiguas Beguinas, de Grandes Damas de otro tiempo, que se remontan á veces lejos, hasta 1700, hasta 1600, siempre con el mismo traje invariable, la misma toca, cuyos lienzos ha emmelado la pátina del tiempo, poniendo como un claro de luna sobre nieve.

Unas, viejas, de manos ganchudas; otras, sonrosa-

das, frescas, cuya boca ha permanecido flor. A veces, un blasón en la tela, escudos azul y oro de la superiora de antaño, que fué amenudo de familia nobiliaria.

Y las Beguinas consideran ahora estos retratos igual que retratos de santos. Eligen entre ellos una patrona, á la que rezan, á la que recorren, á la que temen; porque á veces se les figura, por la noche, cuando han cometido durante el día algún pecado venial, que los ojos del retrato las miran con rigor, que la boca pintada va á hablar y que sólo se contiene de reñirlas á causa del gran silencio que es preciso no turbar.

SUS CAMPANAS

La campana, en la cima de la torre de la iglesia, es la voz y la vida del convento.

Es vieja, sin embargo, es lenta en su traje, algo usado, de bronce gimiente. Pero se muestra puntual, activa; sin cesar atraviesa el aire con un rumor de llaves, como si fuese á cerrar las puertas del ruido... Es la hermana tornera del espacio. Reconduce las Horas á la Eternidad.

Y por cada una que se aleja, vierte tras ella sus requiescitos fríos como el agua bendita de una absolución.

Llovizna periódica de la campana aspergiendo también, hasta en sus obradores, á las tranquilas Beguinas.

Además, tres veces por día, suena el *Angelus*. La campana, en casulla negra, oficia en sonos graves seguidos de sonos en una octava superior. Diríase un sacerdote respondiéndose su misa.

Las Beguinas se persignan, se arrodillan, como si la campana realmente celebrase un oficio.

PROMETEO

Y así todos los días, á toda hora, en todos los cuartos del cuadrante lunar de la hora, la campana obra, camina, habla, interviene en la vida soñolienta de las Beguinas, propaga sus latidos como las pulsaciones del propio corazón de la Comunidad.

Y también ¡qué angustias dolorosas, qué letargo—que se tomaría por una muerte—cuando, el jueves de la semana pascual, la campana del recinto se calla súbitamente, al mismo tiempo que sus hermanas de las iglesias parroquiales! Entonces, el convento tiene el aspecto de un Santo Sepulcro por el que yerran las Beguinas en una aflicción de Santas Mujeres. Ya no tienen conciencia del tiempo ni de las horas. Porque, como Dios, la campana de la iglesia ha fallecido, y, anhelosas, las Beguinas aguardan que después de tres días la campana—inmovilizada en la tumba del Silencio—resucite.

SUS ROSARIOS

¡Quién sabrá nunca como rezan las Beguinas! ¡Qué entrevistas pueden tener con Dios! Dios debe sonreír á veces de lo que ellas le dicen, de su sencillez.

A decir verdad, generalmente se atienen al texto de su Breviario ó de su libro de Horas, como ante una Majestad á la que sólo se permite dirigirse según un formulario y un ceremonial. Pero también tienen sus accesos de libertad, de expansión total. ¡Alegría de poder ser prolijas con Dios, de tutearle, de hablarle su idioma, de dejar tantear su oración, mientras su plegaria en vaga adoración se escala al azar, como el incienso del incensario!

Otras veces necesitan un itinerario fijo para subir

hacia el cielo. Tal es el rosario, de granos invariables, guijarros desnudos, en fila, indicando el camino...

También tienen diversos rosarios, en boj, en ámbar ó en coral, éstos más lujosos, comprados en la feria de Santa Godelieve. Hasta su costumbre del rosario es tan permanente, que en todo ven pretexto para decenas, y sin cesar desgranán con sus ojos, rosarios de naturaleza que se inventan: flores en el plantel del recinto, seguidas una á una, estaciones de *Mae*; estrellas que por la noche, abierta la ventana, les sirven aún para puntuar oraciones, como el gran rosario de la Noche.

SUS LIMOSNAS

Las Beguinas, entre sus votos, solamente temporales, han hecho el de pobreza. Los indigentes son pues sus hermanos adoptivos. Tienen el deber, el deseo de asistirlos. Pero ellas no poseen más que un mínimo peculio, al cual sus trabajos de lencería, de encajes, añaden apenas la cantidad necesaria para vegetar. ¿Dónde hallar la parte de los pobres? Ellas querrian dar, dar mucho. ¿Porque los pobres son tan tristes? ¿En qué pensarán? Ignoran la vida como un país que se atravesó de noche. ¿Qué dichas pueden esperar? Quizás solo adivinan la alegría en esos únicos minutos en que reciben una limosna. Debe hacerles bien sobre el desaliento de sus manos esta limosna que se posa en ellas. Debe posarse, cálida, divina, como el reflejo de una estrella sobre el agua.

¿Pero hay tantos pobres? ¿Cómo abastecer á todos? Vienen á mendigar hasta el recinto, hasta la puerta de los pequeños conventos. Las Beguinas los socorren con ropa vieja, la comida que les sobró de la víspera;

PROMETEO

á veces les dan de comer con sus propias manos, como á los niños..... Tienen gestos que vendan, miradas que calientan como una buena estufa, palabras blancas y dulces que caen en hilas..... Sus corazones se contraen ante tal miseria...

Y con mayor razón cuando encuentran, en la ciudad, peores mendigos, en las calles, en el umbral de las Iglesias donde ellas entran. ¡Ah esos viejos, cuerpos en ruina inamovibles bajo el porche; los ciegos sobre todo, á quienes sus ojos de estátuas dan semejanzas de bajo-relieves en piedra, y que se desmenuzan bajo el polvo de los años!...

Peño cuando van en peregrinación es cuando las Beguinas quisieran poder distribuir amplias limosnas. Todas las actitudes del sufrimiento humano: impotentes, mutilados, tubidos, paralíticos—¡mendicidad sin ojos, mendicidad sin manos! ¡Y todas estas llagas bajo el poniente, que también supuran!..

Cien súplicas, una queja progresiva, un gruñido que intercede.

Entonces, conmovidas, las buenas Hermanitas se afligen de no ser ricas. De todos modos han cambiado su dinero en moneda lo más menuda posible, á fin de poder repartir á un gran número. Y Dios sin duda las aprueba, Él que sólo tiene en cuenta la intención. Así, las Beguinas se consuelan de sus módicos recursos, puesto que sus humildes ochavos hacen el mismo ruido que monedas blancas al caer en el estanco de la game-lia—y que igualmente sucede en el oro del corazón de Dios.

(Ricardo Baeza traduxit).



Arte.

EL MAESTRO ALBENIZ

POR ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

ANTO he escrito del llorado músico y de su prolífica labor artística, que fuera vano empeño en mí, querer descubrir ahora, ningún nuevo continente en su carácter como hombre ó en su talento como artista.

Pero sí quiero dejar consignada una cosa. La de que aún está sin satisfacer la deuda que la Patria contrajera con quien mantuvo fuera de ella, durante más de veinte años, el honor de la música española.

Cuando en la lucha, no por la existencia, sino en la del arte, por la gloria y la fortuna, son tantos y tantos los que sucumben sin haber podido llegar, á pesar de los más heroicos esfuerzos, ni á la una ni á la otra, realmente conforta el ánimo ver uno de esos vigorosos atletas que, con la sola fuerza de su voluntad consiguen, no sólo encadenar la suerte, sino vencer al destino. El músico español Isaac Albeniz, pertenece por derecho propio al escaso número de estos seres afortunados. Por las circunstancias excepcionales del principio de su carrera artística, parecía condenado de

PROMETEO

antemano á malograrse; pero en nuestra época no hay nada que se oponga á una indomable fuerza de voluntad, ni que resista á la virtud del trabajo y á la influencia del talento, y gracias á ellas, el artista español llegó á ocupar un lugar preeminente, respetado y aclamado diariamente por los públicos de España, Francia, Inglaterra y Alemania como uno de los músicos más notables de su tiempo.

Como tantos otros, Albeniz, más que una individualidad, fué una personificación. Nadie representó mejor que él fuera de casa la música española contemporánea con sus buenas condiciones, que son muchas, y con sus defectos, que no son pocos. Es verdad que nadie tuvo, ni antes ni después de él, un concepto más claro, más concreto de lo que debe ser el arte músico en los tiempos que alcanzamos. Albeniz fué un artista injerto en comerciante, tipo raro que no alcanzará, acaso la inmortalidad reservada únicamente á las naturalezas exentas de toda ventaja material, pero que en la vida tiene el doble prestigio del talento que cautiva y del éxito que deslumbra. Pianista y compositor, hombre de inteligencia elevada y al mismo tiempo de sentido positivo y práctico, él fué el primero que comprendió el éxito que debían obtener en extranjera tierra nuestros cantos nacionales.

Y durante más de veinte años fué de París á Londres, de Londres á Berlín y de Berlín á Bruselas pregonando que teníamos un arte músico propio, en el que palpita nuestra sangre meridional y en que parece contenerse la esencia de nuestra raza.

Decía un reputado crítico musical, con ocasión de un concierto famoso que el año 1886 dió Albeniz en el Salón Romero:

«Dichoso el artista que empieza su carrera dando conciertos á los cuatro años y á los veinticinco ejecuta las obras de los grandes maestros con la inspiración y el

maravilloso arte que acabamos de aplaudirle. Lo que prometió de niño, lo ha cumplido, y con creces.»

De entonces hasta que murió, su carrera fué siempre de adelanto, de constante perfeccionamiento: lo que había hecho en la juventud era garantía segura para lo porvenir; pianista de excepcionales condiciones, primero; luego, compositor, con estilo original y propio, de obras para el piano; no le bastó esto, y se ensaya en la orquesta con completo éxito; aborda el teatro, y como resultado de sus trabajos, nos dá producciones de importancia de *Henry Chiffard* y *Pepita Jiménez*, óperas saludadas con gran aplauso en los teatros de Londres, Bruselas y Barcelona.

«El mayor triunfo de Albeniz—decía con motivo del estreno de *Henry Chiffard*, en Barcelona, el crítico más crítico que nos queda en España, Francisco Suarez Bravo,—es el de haber sabido escribir una ópera seriamente trabajada conservando íntegra su personalidad; lleva el sello de su estilo en todas sus escenas, y este estilo es tan propio, tan exclusivo, tan original, como pueda serlo el de Grieg, y aunque es grande la admiración que siento por el compositor noruego, no creo hacer á Albeniz excesivo favor comparándole con él. Como aquél personaje de la fábula griega que convertía en oro todo lo que tocaba, Albeniz convierte en música todo lo que sale de su pluma; es un temperamento musical de extraordinaria riqueza. Es personal en la formación de la melodía, y es personal en la armonización, lo cual es hoy cien veces más difícil: la fuente de su inspiración corre siempre límpida y espontánea, siempre distinguida, porque no puede darse nada más opuesto á la vulgaridad, y es tan fácil su vena melódica que es imposible imaginárselo rebuscando la frase ó persiguiendo en vano motivos nuevos.

»Sorprende que con estas condiciones haya conseguido dar tan profunda unidad á la obra: cada situa-

PROMETEO

ción tiene su colorido propio, el ambiente que le conviene, pero la impresión total es una.

»Si á esto no se llama intuición genial, no sé á qué otra puede aplicarse mejor el nombre.»

Esto ocurría en Mayo de 1895, y á los diez años, en Enero de 1905, se estrenaron en el teatro Real de la *Monnaie*, de Bruselas, dos producciones musicales de nuestro llorado compatriota.

Éra la primera vez que se ponía en escena en un teatro belga una ópera española, y es sabido que el Real de la *Monnaie* ocupa rango preeminente entre los dedicados en Europa al género lírico, y que compite con los análogos de las principales capitales.

La dirección, inteligente y esmerada como pocas, tuvo especial empeño en dar á conocer al público belga, cual pocos también aficionadísimos á la música, todas las novedades de las diferentes escuelas, alternando el género francés con el alemán y el italiano, siendo por demás extraordinario el número de óperas que se cantan durante sus temporadas.

La música española, por desgracia harto desconocida del extranjero, era la única que hasta entonces no había tenido entrada, y Albeniz rompió el hielo con su *Pepita Jiménez* y la zarzuela *San Antonio de la Florida*.

El ensayo fué por completo satisfactorio. El público belga aplaudió de buen grado las muchas bellezas que encierra la partitura de *Pepita Jiménez* y se mostró regocijado con la música ligera, típicamente nacional de *San Antonio de la Florida*, que para ser presentada con el necesario ropaje francés, idioma en que se canta en la *Monnaie*, tomó el nombre poético de *L'Ermitage fleuri*.

La novela de Valera no parece prestarse al poema sinfónico, y, sin embargo, el autor del libreto ha sacado de aquélla extraordinario partido. Las extemporá-

neas pretensiones de Don Pedro; las interesadas miras del apuesto conde de Guazahar; los misticismos y al propio tiempo ardores juveniles del seminarista Don Luis; el sentido realista de Antoñona, y el carácter ideal y muy femenino á la vez, de Pepita, dan ocasión al libretista para preparar una serie de escenas que la soberana inspiración de Albeniz ha expresado en un lenguaje musical, tan personal como todo lo suyo, personal en la melodía en la armonía y en la orquestación. Tiene un color que recuerda el acto segundo de *Chiffard* pero en *Pepita Jiménez*, se le vé más espontáneo, más fácil en la producción, porque se halla más en su centro, haciendo hablar á tipos españoles, seducido por el ambiente del campo de Andalucía en que la acción se desarrolla. «Pero no hay que fiarse—dice el citado Suarez Bravo—de esa espontaneidad, pues hay en ella mucho de aparente; bajo ese aspecto fácil y bajo esos motivos que corren y se suceden unos á otros tan naturalmente, se encubre mucho arte, un trabajo de detalles finos y acabados.»

El resonante triunfo de Albeniz en Bruselas, que fué en realidad un éxito nacional, abrió las puertas de aquel teatro lírico á la música española, porque sirvió de motivo para que la prensa diaria y la profesional hicieran mérito de nuestros más eminentes músicos y expresaran deseos de conocer obras de Bretón, Chapi, Granados, Villa, Jerónimo Jiménez, Pedrell, Morera y otros.

Le Guide Musical, publicación de extraordinario crédito artístico en todo el mundo, viene prestando, desde entonces, gran atención, en interesantes y bien documentados trabajos, á la evolución de la música en España, en los que se aprecia con fino y elevado criterio, el mérito real de nuestros compositores, lamentando no sean tan conocidos en el extranjero como lo son en la pléyade ilustre de nuestros pintores y escultores.

PROMETEO

La muerte ha sorprendido á Albeniz cuando, diré parodiando á Suárez Bravo, «convertía en música» la interesante fábula del *Rey Arturo* de Inglaterra y los amores de la reina Ginebra y el gentil caballero Lanzarote. La leyenda elegida por Albeniz tiene íntima relación con la *gesta* del *San Graal*, y todos sabemos que el gran Wagner ha escrito sobre la historia de Parsifal, el canto del cisne del célebre reformador alemán, no sólo su obra maestra, sino quizás una de las obras más maravillosas que han realizado los hombres. Pero *audaces fortuna juvat*, paréceme que el malogrado compositor español iba saliendo airoso de su titánica tentativa. Solo los alientos de un músico como Albeniz son capaces para acometer la empresa de adaptar á las formas del drama lírico el caballesco poema del Rey Arturo. El poeta inglés, Mr. Money Coots, colaborador de Albeniz dividió el asunto en tres dramas; *Merlin*, *Lanzarote* y *La reina Ginebra*, cada uno de los cuales representa por sí solo un trabajo equivalente al de *Siegfried*, *El Oro del Rhin* ó cualquiera de los dramas de la inmensa tetralogía de Wagner.

Cuando Albeniz estuvo en Madrid hace poco más de seis años, me hizo oír la primera parte, *Merlin*, que tenía concluida y un acto entero de la segunda, *Lanzarote*.

Albeniz, en su interesante producción, luce una ciencia musical consumada, que asombra al inteligente; pero al mismo tiempo, este alarde del *metier* está disimulado con tal gracia, ingenio y donosura, que encanta y seduce al más profano, y eso que considero de una dificultad extremada traducir musicalmente la portentosa elegancia de aquellos personajes de la leyenda caballeresca, acabados modelos, sancionados por todos los siglos, de la gallardía y la nobleza.

Tocar tal asunto, después de existir el estupendo *Parsifal*, resultaba poco menos que imposible. Albe-

niz ha vencido, y si no ha logrado sacudir en absoluto la influencia abrumadora del coloso, se conserva original y característico, lo que basta para acreditarle, que es preciso tener algo de Leroc para medir sus fuerzas con gigantes.

¿Cuándo pagará España la deuda de gratitud contraída con Albeniz, dándonos á conocer sus interesantes obras?

Es necesario que lo que han aplaudido los públicos extranjeros, lo aplauda también el público español.



Política.

POR JAVIER GOMEZ DE LA SERNA

EL VACÍO



Al comenzar el verano de 1909 una *sensación de vacío* se apodera de todos; parece que cuanto vivía en España ha muerto para siempre. Como en el solitario cementerio, no se oyen gritos de tristeza ni de indignación; ni protestas, ni lágrimas ni canciones. Nadie aguarda nada de nadie. ¿Dónde huyeron entusiasmos, esperanzas, anhelos, ambiciones?... ¿Para qué todo esto?... ¿Quiénes han de sentirlos?... ¿Y quiénes han de escuchar?

Sin el deber de marchar siempre, aunque se esté en el desierto, aunque nos anonade la soledad habría motivo para arrojar la pluma inútil que no hace mucho recogía dolitos, cóleras y fallos que han quedado en el aire; unas cuantas semanas han bastado en este cementerio de voluntades para que se esfumen las figuras de los delincuentes y de los juecos; quienes aparecían en el banquillo sonríen ya victoriosos, *libres sin absolución*, gozando, triunfando, viajando... ¡Oh, virtud del tiempo en los países meridionales!... ¡Oh, inconstancia de los juicios!... ¡Oh, ataxias de la memoria!...

¿Quién recuerda ya, que el actual gobierno reaccionario proyectó una ley del terrorismo por la que los veinte millones de españoles, sin forma de proceso, sin fallo, sin audiencia, gubernativamente, podían ser privados de su hogar y de sus bienes? Frustróse el intento siniestro, es cierto. Pero ¿es qué no han sido penados siempre los delitos frustrados? Aquel golpe de Estado debió castigarse con la disolución del partido que lo intentó.

También los hechos consumados quedaron, ¡ay! sin sanción. ¿No es ya hecho consumado el regalo de diez millones durante veinte años á la Transatlántica, ese vivero de políticos? ¿No es ya inevitable la entrega periódica de 200 millones á la casa de Vickers á que están asociados yernos, consuegros y amigos íntimos? ¿No?...

¿A qué seguir recordando, en medio de esta fúnebre indiferencia, que sólo interrumpen las desesperadas bombas de Barcelona?

Esperémoslo todo del azar, de lo desconocido, del *hombre nuevo* que surja inesperadamente. Cuando las premisas se quedan sin consecuencia, cuando se suprimen los castigos el desencanto infinito produce esa horrible sensación de vacío.

Vacío que se va extendiendo y que se hace poco á poco alrededor de todo y de todos. De pronto se oirán voces de socorro, se clamará por el remedio y nadie acudirá ni escuchará. El silencio, cómodo al principio después de los ruidos ensordecedores de la vida, es mortal luego.

¿Y qué hace un soldado solo, con un ejército atacado de extraña parálisis? ¿Morir? ¿Aguardar?

Aguardemos; aguardemos siempre, aunque oigamos la estúpida risa de los ahitos del banquete gritando al oír tales cosas: *¡Lamentos de cesantes! ¡Aún tienen que esperar dos quinquenios! ¡Ya les llegará el turno! ¡No vivimos hace treinta años sin hacer nada gozando*

PROMETEO

alternativamente del Presupuesto?... Aguardemos á que se interrumpa alguna vez la criminal inactividad de esas dos tandas de comensales que ven indiferentes que el pueblo omigra ó se embrutece más. Aguardemos que las izquierdas se reorganicen, para evitar que los republicanos, solos, si encuentran un caudillo se transformen de peligro en solución violenta.

Otras veces el verano ha sido una tregua y un descanso; esta vez es una vergüenza para todos, porque sucede á un pasado bochornoso y prepara un porvenir de vilipendios. ¿Quién puede ufanarse del deber cumplido, entre aquellos que dirigen los acontecimientos políticos? ¿Los que han propuesto ó los que han tolerado la ruina del país? ¿Los malos que siguen mangoneando por el perdón de los buenos, ó los buenos que desaprovecharon el triunfo que les proporcionó espontáneamente el pueblo?

Dos años y medio hace que vinieron los conservadores, sin misión ninguna, por las divisiones de los liberales; medio año hace que se han convertido en intolerables para el país, pero manos liberales vienen vendando sus heridas. ¿Es porque siguen las divisiones? No; se han vuelto á unir Moret, Montero, López Domínguez y Canalejas, aunque es claro que no puede exigírseles una absurda identidad absoluta para todas las cuestiones, que nunca hubo ni habrá en ningún partido. Cánovas gobernó siempre con disidentes; primero los moderados, los Cárdenas, los Llorente, los Manuel Silvela; más tarde Martínez Campos, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Dato; éstos últimos hasta su muerte. Sagasta tuvo que luchar siempre con poderosas disidencias: el Duque de la Torre, Moret, López Domínguez, Posada Herrera, Martos, Maura, Gama-zo, Canalejas. Maura hoy mismo tiene la disidencia de Sánchez Toca, Urzaiz, Primo de Rivera, Osma y hasta dentro del Gobierno, Besada.

No hay pues que buscar aquí motivo para que unos sigan y otros no entren, cuando el mismo mal les es común. ¿O es que el argumento es bueno sólo contra los liberales? Porque si se aguarden identidades absolutas, no entrarán jamás.

Urge, pues, *barrer*, (vocablo empleado por Maura contra un gobierno liberal) á Maura, para que no se siga haciendo el vacío hasta para las cosas más altas; aunque tengamos que aceptar la tregua del verano, porque no se hace nada en esta época en España (como no sean revoluciones). En cambio Inglaterra empezará á discutir su presupuesto en agosto y Francia sigue en julio con su Parlamento abierto.

Estando aquí todo por hacer, los veranos (la cuarta parte del año) son siempre *páginas en blanco*.

LA EMBAJADA MARROQUÍ

Maura volvió de su acuerdo y envainó la espada, al ver que sus ímpetus guerreros podían poner punto á su vida ministerial. Sólo disparará ya frases, y puede estar tranquilo el Emperador de Marruecos; únicamente hacen temblar á los parlamentarios españoles. Los desplantes de Merry y de sus fiules los ha reprobado la Nación, y el Gobierno recibirá á los embajadores marroquíes, no con balas, sino con cohetes; podrán tratar pacíficamente un nuevo *modus vivendi* con el Presidente del Consejo, que hace dos semanas asistía á las pruebas de unos cañones, y dentro de unos días se dedicará con los moros á pruebas de... emparedados.

Aparte de que la situación de Marruecos no era la más propicia hoy para una acción belicosa, porque

PROMETEO

detrás de cada moro se asoma un inglés, un francés ó un alemán, que serían nuestros verdaderos adversarios, ó por mejor decir, los verdaderos emperadores del Mogreb; nunca conseguiríamos ni una indemnización ni una pulgada de terreno.

Pero ante todo y sobre todo, España no quiere la guerra; Moret votó en contra y la terrible masa republicana está dispuesta á llegar á los últimos extremos contra la absurda cadetada. Y ya se sabe de siempre; Maura en la disyuntiva de abdicar de una idea ó dejar el poder, prefiere lo primero. Es hombre cada vez más práctico. *Antes*, discursos románticos, *ahora...* Trasatlánticas, escuadras, latas, hidráulicas Santillanas, postes telegráficos, estampillados...

En cuanto al problema africano la opinión quiere romper de una vez el famoso testamento de Isabel la Católica que cuatro *atrasados*, no distinguiendo de tiempos ni circunstancias exhuman constantemente; pasaron para no volver los periodos de conquistas; y en su interior, en su propio corazón buscan su futura grandeza todos los países. Pillajes, saqueos, incendios, asesinatos en masa, eso que se llamaba la guerra, si por ciertos atavismos traspasan alguna vez las fronteras del pasado, producen ya tan universal escándalo, que poco á poco se condensa la protesta en acuerdos coactivos contra el bandidaje internacional. No es posible hoy que una predicación resonante blandiendo cruces y banderas, vele el espectáculo de virgenes desfloradas, pobres niños despedazados, miles de hombres jóvenes enrojeciendo con su sangre los apacibles ríos blancos.

Sólo algún negatorio de la política puede flamear la maldita y odiosa guerra como ideal.

Vayan otros como piratas á Marruecos.

La aspiración de España se condensa en esto final de un hermosísimo soneto de Manuel del Palacio:

.....
 ¡Ni esclavos ni señores pretendemos;
 señores, porque nunca los tuvimos;
 esclavos, porque ya no los queremos!

Esto no quiere decir que no se castiguen enérgicamente los indignos asesinatos.

LA DEUDA CUBANA

El partido conservador que espontáneamente y cuando ningún interés público lo requería, presidiendo su primer gabinete Silvela, reconoció *íntegramente* las deudas cubana y filipina (sin duda porque los banqueros conservadores tenían mucho papel) intenta ahora que Cuba cargue con su deuda.

Las oportunidades que se pierden, tarde ó nunca se recobran.

Antes de reconocer y pagar indebidamente, ilegalmente, esas deudas, y cuando se iniciaba el clamor de los acreedores, España debió plantear bien el problema. ¿Era deudor subsidiario? Pues debió alegarlo para no pagar sin la previa declaración de bancarrota del Estado cubano. No solo no obró así, sino que pagó sin reservas. ¿Quiso, como pudo, acogerse á las reglas admitidas del derecho internacional, magistralmente expuestas por Fioore, según las que, cuando se separan territorios coloniales, en las deudas hipotecarias, (y lo es la de Cuba), la Metrópoli sólo debe pagar la mitad? A tiempo estuvo y al Gobierno conservador se lo advirtieron voces más ó menos autorizadas, entro estas últimas las del que estas líneas escribe. Pero era preciso complacer á los ricos banqueros y este país callado sufrió de repente una carga de miles de millones de posetas, que tendrá que soportar dos ó más siglos seguramente.

PROMETEO

Y ahora... ahora con cierta perfidia se quieren achacar al tratado de París las culpas. Pero Montero Ríos acaba de hablar alto y claro, demostrando que el tratado *nada dijo* de las deudas, dejando íntegro el asunto para que lo trataran España y Cuba. ¿Era esto obligarse al pago? ¿Quién cedió, quién pagó, fué el partido de los plutócratas!

Y ese partido que pagó indebidamente intenta la reclamación hoy, sin oportunidad. Claro es que deseamos que obtenga éxito, y si fuera posible coadyuvaríamos; evidente es que queríamos que Cuba espontáneamente reconociera la más sagrada de sus obligaciones, realizando un acto de justicia. Pero tememos que los conservadores que cometieron la primera falta, estén cometiendo la segunda inútilmente. Ni autoridad, ni discreción.

Y conste que los liberales pueden y deben acusar en la materia.

MAURA, VILLAVERDISTA

Esto acaba de afirmar el mismo Maura, burlándose del país, sonriendo, como si de cosa baladí se tratara, en medio del estupor y la indignación general.

¿Así se puede jugar con los más transcendentales intereses del país? Creyendo á Villaverde funesto, lo combatió Maura sanamente, lo derribó del Poder, practicó doctrinas contrarias á las suyas, perjudicó hondamente al tesoro; cuando todo esto obedece á una convicción honrada poco importa el perjuicio que se hizo, porque se quería precisamente lo contrario.

La que no es lícito, conseguida la caída y muerte de Villaverde, obtenida la jefatura, es evidenciar que todo

fué un ardid de guerra con daño del país para bastardos fines personales, y lanzarlo á los cuatro vientos con la frase sangrienta:

—¡Maura, Villaverdista!

Cuando al entrar Besada en Hacienda lo insinuamos, cayeron sobre nosotros indignados los ministeriales, negándolo. Y era natural, por decero de Maura, para defender la buena fe con que combatió cruelmente á Villaverde. Nuestro aserto era una grave acusación.

Pero esa grave acusación puesta ahora en boca del mismo Maura revela un estado de conciencia que espanta y entristece.

LOS NUEVOS AYUNTAMIENTOS

El 1.º de Julio se han constituido en todas las capitales de España; en todas, incluso en Madrid la mayoría es republicana y liberal, la minoría conservadora.

El escamoteo de una crisis inevitable después de la pérdida de las elecciones, ha traído este faccioso régimen en que gobiernan las minorías, contra la voluntad del país, manifestada en las urnas: situación violentísima para la Monarquía salvada provisionalmente por el patriotismo de Moret, que hace á sus amigos ejercer de ministeriales.

Nunca se ha gobernado más descareadamente contra la voluntad de los pueblos.

¡Y estas son de las cosas que no quedan sin sanción!



Movimiento Intelectual.

Alma de Santa.

... Y de proviso, ganando en el cambio excesivamente sobre nuestros treinta céntimos, hemos encontrado en el «Cuento Semanal» un cuento formidable.

Su autor, Eugenio Noel—Noel como el inventor de la dinamita, anotadlo—sostiene consigo mismo un monólogo máximo, que es una concreción de siglos, de efémerides y de inquietudes. Hasta cuando en muchas ocasiones hace un recuento de cosas, de nombres y de países, hay en él, bien mirado, una rara heterogeneidad, anacrónica y contradictoria, que con su *poutpourri* y con su excentricidad incuba una silueta extraña y superior y diversa á todos sus nombres y á todas sus añoranzas, estando hecha realmente sólo de ellas mismas. El don de la oportunidad y de la quintaesencia, es el que consigue estos sugerimientos híbridos y capitales. Nada más extraordinario... Así en este cuento hay á veces cosas accidentales que disputan su valor al cuento en sí y á veces hasta palabras que lo remontan.

Después del proceso de lo que al pasar parece fragmentario, distante y hermético, al final, después de escuchar como un *ritornello* la pregunta—abnegada y superior—de Maria á Lear; cerrados los ojos, en ese

momento de la síntesis, apoderados de la unidad organicísima del cuento, hemos distinguido su sencillez, su alicia y su euritmia.

Es la revelación de un inédito. Por eso apuntamos estos comentarios en esta sección.

Eugenio Noel ha conseguido dar la sensación de un espíritu moderno, al que preocupan un montón de cosas levantadas y frívolas, un espíritu modernísimo que ha conquistado la idea de lo *universal* de un modo desmedido, pletórico y radiado. Ese desequilibrio de ansiedades, de direcciones, de remembranzas y de extensiones que hay en Lear, es lo más idiosincrásico del contemporáneo. Es lo que en Barenica inició Barrés con indecisión.

Julio-Antonio ilustra este cuento. Nos basta consignar esto, después de haber consignado en otras ocasiones lo esotro.



LIBROS

En la carrera. (Vida de un buen estudiante en Madrid), por *Felipe Trigo*.

¡Tienen toda su trascendencia de vitores las obras de Trigo! No. Hay una timoratería en todos los que se preguntan.—Será fuerte y excéntrico que yo opine esto?—que quiebra la opinión decidida y férvida en su favor.

Su nueva obra merece una crítica categórica y absorbente. Felipe Trigo es el mejor novelista contemporáneo. Este juicio lo hacemos en derecho, de una vez, sin detenernos en las cosas referentes al estilo y á las reglas clásicas.

Lo metafísico está abandonado en sus novelas y aunque Menéndez Pelayo dijera que la lengua castellana no está hecha para decir herejías, él logra adaptarla á todas ellas y hacerlas decir. (1)

En la Carrera se relata la historia detallada, *orgánica*, cotidiana del estudiante en Madrid. Nadie á no ser Trigo, hubiera recogido para revindicarlo, con un buen impulso, de apóstol y de altruista, á ese muchacho joven del que se propalan tantas injusticias. Todos los otros novelistas ambicionan cosas más solemnes, más épicas y más serias.

Trigo, como un estudiante, habiendo dejado atrás muy á lo lejos esa encarnación juvenil, ha desdoblado en su novela un espíritu estudiantil, preciso en sus re-

(1) Claro que ya sabéis vosotros en que sentido de aquiescencia y de admiración hallo yo de las herejías.

conditeces y en sus francachelas. Sin embargo, en la parte neutral de la novela donde el novelista se incluye como glosador y comentarista, hay una tal paternidad y una tal experiencia, que justifican la vida, los percances y las protestas del buen muchacho y sus compañeros de hospedaje, de café y de aula. Esto es lo importante precisamente de la obra de Trigo, el que no sea un estudiante el que se defiende y se *explique*, sino una persona mayor avezada y suspicaz.

Por bajo toda la documentación fortuita y detallada y accidental del libro, corre una tragedia. Antonia Gamboa que es un amor salvador é inmaculado del muchacho, es combatida por tantas contrariedades que siguiendo los cambiantes de su destino, llega al lúpanar, pero en gracia á la facundia del autor, se nos aparece tan buena, tan inmaculada como al principio, aunque convertida en una María de Magdala magnífica, pues Antonia en vez de arrepentirse cristianamente admite la desgracia sin cobardía y sin flojedad; sin darla inportancia moral, con una ductilidad admirable y superior.

Como en Trigo no hay la obsesión de los novelistas á ultranza: el asunto, y no escribe concéntricamente al asunto, fijo en su sola intriga, sus novelas no son unilaterales y absurdas.

En la carrera, debido á este acuerdo mundanísimo, hay cosas accidentales de gran importancia. Hay aventuras, mujeres que se desnudan y se tienden, galanteo, risas y olvido de la novela por la novela, y hasta algún primer papel, que en el promedio de la novela hace dudar si será el de la protagonista, pero que después, como sucede en la vida tantas veces, tuerce el camino y se pierde.

✱

PROMETEO

Cuentos de abades y de aldeas, por Prudencio Canitrot.

Como quien desgrana una mazorca hemos leído este libro de Canitrot.

En efecto, todo en él nos ha dado la sensación de no habérmolas con una cosa literaria de esas de siempre, que son un poco fantasmales y artificiosas.

Por un momento, como si ya hubiera llegado el estío y con nuestro billete de ida y vuelta nos hubiéramos plantado en la aldea Gallega, así, así no, mejor aún, sin menoscabo en nuestra economía y sin el sudorífico del tren, nos hemos cobijado en la paz susurrosa y en la molicie hiperbórea de aquellas tierras añoradas.

Son unos cuentos *buenos* los de Canitrot, y hasta cuando en ellos hay un drama es un drama bueno, ingenuo, sin estragar. Su proceso es lento y probo, no es nervioso, contorsionado, está limpio de historismo, tiene siempre esa cazurronería deliciosa del espíritu que ha creado la muñeira, y cosa rara parece *contado*, no escrito; contado piano, piano, con esa entonación dulzosa, íntima, enmelada de los que son de allá.

Entre esos cuentos de Canitrot, que son como caminos, como pazos, como vacadas, como praderas, como maizales, como pinares, como pomaredas, como retazos de mar vislumbrados sin el estrépito de sus aguas estrellándose contra las rocas, sino con su teatralidad sin ruido, vistosa, encajera, vista desde lejos; entre esos cuentos los hay excepcionales, así «Rueca de plata» en el que se ve hilada en un corazón rústico la melancolía sin literaturismo, zumosa, de unas rapazas al oír la peregrina historia que las cuenta Anxelo, así «Las tres Marías» que nos ha hecho la impresión con su gracia coloradota y supersticiosa, de volver á vivir la hora copulativa y extraordinaria en que aprehendimos el espíritu de Galicia y dragamos un poco de su encanto.

El triunfo, (novela.) Tercera parte de la historia de un excéptico, por Alberto Insua.

Deseábamos saber la continuación, la esperábamos con impaciencia.

Ante la hora trágica, cualquiera hubiera creído que la historia de un excéptico había terminado, pero no, aquello, el desenlace íntegro de un drama á ultranza, no era el desenlace de la vida mental de Alfredo el excéptico, que era para nosotros lo sensacional en la novela, y que había llegado á un momento problemático. ¿Qué haría un excéptico después de la *hora trágica*? ¿A qué nueva ideología iba á dar lugar aquella realísima confusión vis á vis de la realidad, por primera vez emergente y enhiesta sobre el plano teórico, más que nada, de los excepticísmos de Alfredo? ¿No se es excéptico por tener más que nada un destino reposado y extático sin recios reveses? ¿No reaccionaría ya en esa tositura repoblándose de ideas férvidas, rectilíneas y nada dudibitantes?

Insua en esta situación difícil, obstaculizada, ha hecho lógico, paulatinamente lógico, el desenlace de Alfredo. No con una lógica prejuizada en conclusiones, sino con una lógica diluida en operaciones intermedias, una lógica elaborada dejándose ver, con esa franqueza y esa superioridad.

La palabra *Triunfo* aplicada á una novela en la que San Gil fracasa parece más que nada, una cosa paradójica. Sin embargo aquí el autor que siendo un intelectual predispuesto por naturaleza y valer á el glosario, no comenta en el texto la muerte de Alfredo deja entrever una genialidad...

Aunque es tan probable como absurdo sea esa muerte un fracaso ó un triunfo.

En esta novela de Insua hecha con una sencillez que es la nota original y fluida de este escritor, nacido en

PROMETEO

la época de las complicaciones más fantásticas del estilo, en esta novela todos los temperamentos están en un tono apropiado y la amenidad lo es cosa substancial.

La rebeldía que pasa por las obras de Insua, no quitando su parte á las otras, á las *otras muchas* horas sossegadas, transigentes, resignadas de la vida de sus moradores, no es fanfarrona temiendo á la postración en que caería en manos de los de arriba y aun en los de abajo, además de que eso le atacaría el hígado á Insua, si no que es rebeldo en una acepción interior inquieta, consecuente y buena, siempre apartada de todas las bajonerías y de todas las barraganadas. Por todo esto ha sido este excéptico de Insua uno de los primoros héroes de la novela española, en que no ha encarnado el alma épica y sanguínea de nuestros antepasados.

Así comenzamos á no ser falsos.

Lo malo, lo único malo de esta tercera parte es que es la última. Esto no está bien.

El héroe de Insua, ese excéptico que desaparece en la ría debía aparecer en una cuarta parte. No nos avendremos á no esperar un nuevo torno de la historia de un excéptico, para después esperar otro de nuevo.

Resucítelo Insua aunque sea tan arbitrariamente como Conan-Doyle á Serlok-Holmes ya que ha creado tantas amistades ese don Alfredo irresoluto... y resuelto, las dos únicas veces en que ha tenido que resolverse.

✱

El caballero de la Muerte. Poesías de Emilio Carrere, *por Otelio Selma.*

Aparejado con la «Danza de las brujas» de Bazzini, me sorprendió «El caballero de la Muerte» de Carrere. Yo vi á este buen «Caballero» entonando su antífona rítmica y sonora, entre el fragor desordenado y cabalístico de un cortejo que no mienta el poeta. Las Parcas

tañen húmeros á guisa de macabros crófalos y hierguen á modo de bandera sus tijeras redentoras.

Todos hemos visto alguna vez una noche de invierno en una calleja sombría su sombra fugitiva, cristalizada en una silueta inconsistente y caballeresca, imposible de alcanzar.

Y hemos apresurado nuestros pasos por alcanzarle, y el caballero ha desaparecido. Y hemos continuado indecisos, por saber dónde desapareció y vimos tras los visillos de un cercano balcón cruzar una vaga sombra, amplia y rematada en un donairoso chambergo de espléndida amazona á manera de herramienta. Y apenas nubla la la sombra, esperando verla pasar otra vez por cerciorar nuestra indecisión, oímos un grito, raro, trágico, que resuena en nosotros más que en el espacio. Y sobrecogidos, asustados, por sobre nuestra cabeza, voló un corcel, magnífico en su potente hosa-menta, llevando al caballero de la Muerte que huye presurosos con su presa una nubecilla blanquecina, esfumada, que se revuelve y contorsiona pugnando por desasirse de la tenaza inexorable para caer otra vez sobre el éxodo de que fué arrancada.

Y una ráfaga de hielo, apuñaló con sus chispas á nuestra carne, y en un instante resucitamos á la realidad en medio de un clamoreo plañidero é impertinente de unos deudos que lloran...

Y por nuestra alma pasa una luz llevada en el huracán de una cosa innaminable.

En un instante de poseídos por el miedo hondo y cruel, y estando solos ¿no volvísteis la cabeza taimados y temerosos? ¿Y no lanzastéis un grito?... ¿Por qué?

Pero este Caballero macabro, de la poesía de Carre-re, va dejando flores en todas las ventanas y á su paso una estela de luz y más que El caballero de la Muerte, paréceme Sembrador de Vida.

La Comedieta de las venganzas, por Federico García Sanchiz.

Al leer este libro de Sanchiz hemos pasado un rato por una vida mejor, menos reflexiva, menos matemática que la de todos los días, una vida capitosa, llena de un gracejo exquisito.

Todo lo de Sanchiz—este hombre tan efusivo—está hecho con ese cuidado de los pintores *primitivos* que escogían selecta y alquitaradamente, cribándolo á través de su pasión y su misticismo encelado, el paisaje las ojuelas (no la ojarasca,) sus personajes, sus ropas, sus sortijas, sus guedejas...

Así en la Comedieta por bajo de su lucidez, se nota el enamoramiento del artista, un enamoramiento cándido, extremoso, curioso y contemplativo.

Adjetiva el paisaje con galantería, con blandura, una galantería que hay tanto en sus cosas pequeñas como en las excelsas.

Es increíble que un *acuarelista* pueda hacer una hermosa obra de arte y no una *virgueria* y sin embargo en este caso, esta obra que es toda una acuarela, ha llegado á ser una hermosa obra de arte.

Empleando un término pictórico, porque encaja perfectamente en esta obra de Sanchiz, pintural ante todo y sobre todo, diremos que tiene calidades en el sentido más fastuoso de esa palabra.

Una rara hilaridad unifica la obra, hecha con una amabilidad y una persuasión, saludable para ese lector inquieto que de ascensarse á tantos libros inquietos siente la necesidad de reponerse.

Sería bueno pintar en las *medianerías* en tan extensos y llamativos caracteres como el *Biógeno Khónil* el anuncio de esta obra de García Sanchiz enjugada en luz, en los verdes del paisaje y en amor por ese buen *borreguero*, que es que escribe, porque como cosa nutriticia y cerúlea no hay otra.

PROMETEO

REVISTA MENSUAL

SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Redacción y Administración:

Puebla, 11, primero derecha.

HORAS: DE 11 A 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año..... 12 pesetas.

Seis meses..... 6 --

EXTRANJERO

Un año..... 15 francos.

Seis meses..... 8 --

NÚMERO SUELTO: UNA PESETA

TARIFAS DE ANUNCIOS EN LA ADMINISTRACIÓN

